

Montiel Ballesteros



MONTEVIDEO
Y SU CERRO
'CUENTOS'

MONTIEL BALLESTEROS

U863.1
Mon m
Bal

MONTEVIDEO

Y SU

CERRO

◆
CUENTOS
◆

Con una carta de José Luis Morenti



MONTEVIDEO
CLAUDIO GARCÍA, Editor
CALLE SARANDÍ, 441
1928



6514

La Bolsa de los Libros \$50.00 = 1967

C A R T A A S. E.

Señor Montiel Ballesteros.

Montevideo.

Dilecto padrino:

Llega a mis oídos la grata nueva de que usted da los últimos pincelazos a un nuevo libro de cuentos sugestivamente bautizado "MONTEVIDEO Y SU CERRO", cuyo título no defraudará la esperanza de los lectores, pues me consta la existencia de una narración suya que lleva el nombre de "la muy fiel y reconquistadora ciudad...", y que el Cerro, con fortaleza y todo, se yergue soberbio en el escudo editorial de don Claudio García.

No puedo menos que loar su laboriosidad, que le aseta un manganazo "en el medio 'e las guampas" a la impertinente leyenda de los orientales haraganes, y celebro ponga tal suma de voluntad en esa plausible cruza-

da artístico-fecundante, no sacándole "la púa del oído" a la Literatura.

Con tal noticia, respetado padrino, y constatando que con el nuevo volumen será usted papá de siete vástagos, se me ha ocurrido una idea que la vuelvo realidad, mal pergeñando una epístola al Presidente de la República, en la cual reclamo, para su neonato, el privilegio del padrinzago del Primer Magistrado de la Nación.

Se la adjunto, dejando librado a su criterio el introducir las correcciones o modificaciones que estime conveniente.

No le voy a decir que ésta es una ocurrencia originalísima, porque parecería un auto-elogio, y ni siquiera le acompaño la opinión de mi familia, mis amigos y el mozo del café donde "paro", porque la difundida costumbre de batirse el parche, de propalar juicios tan autorizados cual los que menciono, está un tanto y un cuanto desmonetizada...

Rogándole admita como un homenaje mi iniciativa y augurándole que cuando su libro aparezca, lo confundan con uno extranjero y le dediquen un poco de atención y no unos minutos de recogido silencio... me repito su ahijado y su "hincha" de primera clase, aquí y donde quiera.

José Luis Morenti.

Nota bene: Entre lo que se murmura sobre "MONTEVIDEO Y SU CERRO", corren dices sobre su orientación literaria modernísima, la forma original de su concepción y estilo y la fantasía humorística que informa la mayoría de sus cuentos... Si existe tal cosa, padrino, estimo conveniente manifestarlo. En caso contrario, puede sucederle lo que al pintor futurista que, habiendo expuesto un cuadro sin título que intentaba ser una puesta de sol, hubo de ocultar su intención, pues un *amateur* lo compró para su comedor, habiéndolo confundido con un "revoltijo" o "bandera española", que es una exquisita fritura de huevos con tomates...

En España se estaba poniendo en práctica—por parte de los autores teatrales—una especie de auto-crítica explicativa de las obras.

En esta época de hermetismos, oscuridades y misterios, sería del caso situarse frente a los propios libros con una linterna y una gorrita de visera donde se leyese en caracteres bien visibles: CICERONE.

De esa manera se evitarían zurdas interpretaciones, líos polémicos, aumento de pensionistas del Vilardebó y el peligro de que los lectores poco avisados agarrasen para chanchas moras...

Yo soy partidario de la claridad, de lo simple, de lo desnudo y me alistaría voluntario y entusiasta en una cruzada revolucionaria que ostentase como lema:

“¡Abajo la retórica! ¡Abajo los oropeles! ¡Abajo las hojas de parra!”

Y con estos gritos auspiciosos, subversivos y vanguardistas (¿o serán lo contrario, padrino?) emprendámosla con el Presidente:

Excelentísimo Señor Presidente de la República Oriental del Uruguay.—Presente.

Excmo. Señor:

El que suscribe, M. B., de . . . años de edad, de profesión escriba, de nacionalidad oriental—con raíces en el corazón de América,—amigado con la Literatura Nacional, con domicilio en la Atenas del Plata, ante V. E., como mejor proceda, me presento y expongo:

Que es público y notorio que convivo maritalmente, desde hace más de veinte años, con la susodicha dama, la cual, cumpliendo al pie de la letra con el precepto bíblico, ha concebido, por cuenta y cargo del firmante, la cantidad de seis robustos ciudadanos que andan rodando por el mundo, a pesar de que las malas lenguas afirman que se apolillan en los anaqueles de las librerías.

Estos niños han provocado los más cumplidos elogios por sus condiciones y méritos y creo puedan codearse, sin desmedro, con la flor y crema de los frutos del ingenio, y no insisto porque ofendería el buen gusto y el

ponderado tacto de V. E. al no considerarlo impuesto de ello.

Ahora bien: hallándose de nuevo encinta mi legítima amante y aguardando para dentro de unos días el alumbramiento y teniendo, además, la seguridad de haber hecho un hijo macho, solicito a V. E. el padrinzago de regla, en consecuencia de sumar ese mi vástago el fatídico número de siete.

Huelgan los argumentos para convencer a V. E. de la razón de mis pretensiones, dado que la tradición consagra la simpática costumbre de que el Jefe del Estado sea el Viejo Vizcacha legal del séptimo descendiente varón de toda pareja humana.

Podría aducirse el inconveniente de estimarse aduterino el flamante botija, pero en un país donde existe el reconocimiento de los hijos naturales, tal pretexto se vuelve una deleznable falacia.

El muchachito posee todos los requisitos y derechos para que V. E. le imponga el agua del Bautista, el clásico cloruro de sodio y los rituales latinajos que lo menden de su pecado original, que buena falta le hace. . .

Me permito informar a V. E. que mi séptimo pimpanillo obedecerá al nombre y apelativo de “MONTEVIDEO Y SU CERRO”, y de la protección que se digne concederle V. E. dependerá que sea un chico útil a sí mismo y a su Patria o que termine . . . pidiéndole un empleo. . .

Bajo el padrinazgo de "tanto omine" él será tolerante y moderado, estará equidistante de Filartigas y el doctor Schinca y no se meterá... ni con los correspondientes de la que limpia, fija y da esplendor.

Prometo solemnemente que ambos seremos dignos de la protección presidencial: él, realizando una tala de palmas y laureles en los sagrados bosques del Parnaso; yo, insistiendo en mi deleitosa fatiga de engravidar a doña Literatura, lamentando no poseer otras ocho candidatas para obedecer el sabio consejo de Rubén Darío.

Disponga V. E. que — dada la superabundancia de veneno del ambiente — vacunen e inmunicen al *guri* con todos los sueros antitóxicos, antirrábicos y antiacadémicos y lo inscriban gratis en la Biblioteca Nacional; que empiece a gozar los privilegios democráticos del analfabetismo, los concursos literarios, los sablazos de la Guardia Republicana y los cómodos pasaportes para el otro mundo que, sin hacerse rogar, extienden los apocalípticos autobuses.

Cada cual en su esfera, — V. E. gobernando y poniéndose la fajita, los rurales tomando mate, los canarios comiendo gofio, los burócratas esperando el fin del mes, etc., etc., — todos contribuimos con nuestro grano de arena al engrandecimiento del Terruño. A mí, Excmo. Señor, me ha correspondido una misión reproductora, y, mientras Platón no nos venga a patear

el nido, continuaré en tal tarea con el empuje que me caracteriza.

Crea, Excelencia, que una de mis grandes satisfacciones, uno de mis más puros orgullos, es este séptimo "guardia civil muerto", hazaña que me autoriza a tratarlo de compadre sin que V. E. se ofenda.

(¡Y después dicen que no sirve para nada la Literatura!).

Por lo expuesto y por ser justicia, confío en que V. E. accederá a lo solicitado.

Reitero a V. E., etc.

(Aquí, padrino, su firma).

Otrosí digo:

Una leyenda criolla muy divulgada atribuye al séptimo hijo varón la propiedad o la desgracia de transformarse los viernes, a las doce de la noche, en lobizón, o sea, en chanco bagual, — "negro como un pecado", — el cual galopa y gruñe infundiendo el terror en los pacíficos vecindarios, alborotando los gallineros y levantando, en los canes del contorno, un lautreamontesco y desolado coro de lúgubres aullidos.

Existen varios exorcismos para evitar el maleficio.

Uno de ellos, Excmo. Señor Presidente, es el padrinazgo de marras.

Es lo que corresponde y lo creo hasta una medida de buen gobierno.

Sacad, pues, Excelencia, de la sombra del pecado original de no ser leído, a "MONTEVIDEO Y SU CERRO", cuentos humorísticos, por Montiel Ballesteros, y ganaréis una indulgencia plenaria en el cielo de la Literatura Nacional.

"MONTEVIDEO Y SU CERRO", impreso en buen papel, con carátula elegantísima de Héctor Fernández y González, cuesta la ínfima suma de \$ 0.70 centésimos.

Se vende en todas las librerías.

Amén.

José Luis Morenti.

20 BLASCO IBÁÑEZ

No soy muy amigo de las visitas a los artistas y hombres célebres, y no por el temor muy romántico de las decepciones, sino porque efectúo entrevistas imaginativas más pintorescas, sabrosas y cómodas.

El aspecto físico de Paul Valery, de Luigi Pirandello o de Pío Baroja es de poca monta y, sin duda, lo más interesante que nos pueden decir lo encontramos o debe estar en sus versos, sus comedias o sus novelas.

No poseo esa curiosidad de saber de qué se rodea el hombre superior, y desconfío de las breves y superficiales entrevistas de veinte o treinta minutos.

Con todo, estaba en Niza cansado de azul, de blanco y de limpieza y, no sé si por contraste, se me ocurrió ir a ver a don Vicente Blasco Ibáñez.

Le hice cuatro líneas: "Admirado maestro: Me encuentro a un paso de su casa y aprovechando su gentil ofrecimiento (él nunca me había ofrecido nada), quiero cumplir con el deber y tener el honor de presentarle mis respetos. Sírvase, etc., etc."

El *groom* del hotel interrumpió mi almuerzo con la

respuesta de un secretario, quien me anunciaba que el autor de "Los cuatro jinetes del apocalipsis" me concedería una breve audiencia a las dos de la tarde. Me aconsejaba la conveniencia de meterme el *smoking* porque el ilustre hombre sentaba ese día a su mesa a Bukarini, al novelista inglés Maklof, a un príncipe indio, a don Miguel de Unamuno y a diversas señoras.

Suspendí mi segunda botellita de vino de Orvieto, ya que me interesaba ir bien despejado, y fui a hacer mis preparativos.

El día era ligeramente cálido, y esos azules escandalosos del mar y del cielo convenían a los montes polícromos y a la languidez de las palmeras.

Aquella gente que debía almorzar en una terraza blanca, entre la pompa florida de Mentón, con la luz lírica del Mediterráneo y el cielo meridional en los ojos y en el alma, debía ser feliz.

A mí se me contagiaba su júbilo, y apresurábame por ver si era introducido al ágape y podía participar, más que del burbujeo del champán, de la gracia ligera de las amenas charlas de la fiesta.

Ya me esperaba el auto. Salté a él gritando órdenes, y la máquina, del primer bocado, se tragó íntegra la "Promenade des Anglais". Como en un sueño lucía la carretera, los cristales del mar, la "féerie" de las villas coloridas entre sus verdes y sus flores.

Mentón. Villa Fontanarosa.

Timbre. Lacayo. Y luego una espera incongruente inacabable.

¿Se habrían olvidado de mí?

Adiós mi príncipe indio, mi ruso Bukarini, las elegantes y curiosas señoras, el novelista inglés, mi Don Miguel... El champán...

Era como para dormirse.

A las mil y quinientas, un servidor me hizo una seña. Lo seguí.

Atravesamos una serie de salones, de estancias, de "verande" y diciéndome:

—Sírvase tomar asiento...

me introdujo en un vasto y magnífico estudio en penumbra.

Los grandes ventanales deberían abrirse sobre los maravillosos paisajes de la Cote d'Azur... Esos anaquelos altísimos repletos de libros, serían la fuente y el deleite del literato... Los cuadros tendrían firmas célebres... La amplia mesa debía conocer la fiebre ilusionada y creadora del mago de "Luna Benamor", del colorista de "Entre naranjos", del combativo de "La Catedral"...

El escritorio tomaba ante mis ojos un carácter de templo.

.

Un ronquido me hizo reparar en un rincón sombrío.

En una fastuosa poltrona de cuero dormía un hombre.

Vestía con elegancia; era pingüe; descubrí unas hebras de plata en su cabellera; en una mano desgonzada humeaba un aromado habano.

¡Era don Vicente Blasco Ibáñez!

Me puse de pie, respetuoso.

Me incliné, murmuré unas frases.

Él continuaba durmiendo.

.....

¡Famosa entrevista!

.....

Me dije:

—Observémoslo.

Con sorpresa noté que más lejos dormía otro hombre.

Me acerqué en puntillas.

¡Pero si era el mismo don Vicente Blasco Ibáñez, vestido de otra manera!

Resolví: será un hermano...

En otro rincón había otro, más allá otro, junto a mí, atrás...

¡Conté veinte!

Aquello era fantástico.

¿Cómo era eso?

¿Y el mundo no sabía que existían 20 Blasco Ibáñez?...

Noté que todos diferían en la indumentaria, y asimismo en el gesto, en la dulzura, en la rudeza, en lo áspero, en lo calmo, en la violencia, en lo frío, en lo comunicativo de las facciones.

Quise identificarlos.

Este es el Blasco Ibáñez idealista; éste el colono; éste el revolucionario; éste el novelista; éste el historiador; éste el traficante; éste el rastacuero; y así el burgués pacífico, el tenorio, el filibustero, el romántico, el leal, el traidor...

¿Cómo me las arreglo?... ¿A quién hablo? ¿A cuál Blasco Ibáñez me dirijo?...

Pero en ese momento cesaron los ronquidos y los Blasco Ibáñez encendieron el habano, la pipa, el cigarrillo, la tagarnina, y empezaron a desperezarse en todos los tonos de la escala social.

Yo me hice pequeñito, tratando de disimularme entre la humareda.

Los Vicentes comenzaron a hablar; alzaban la voz para hacerse entender o para dominarse; gritaban, se apasionaban.

Uno hacía cálculos; otro apuntes; otro protestaba porque la Argentina pagó poco; aquél reía de Méjico.

Uno suspiraba; el de más allá, cínico, lamentaba: Estados Unidos me hubiera dado veinte dólares por línea para atacar a Sud América... El novelista escribía; el hombre práctico planeaba empresas. El psicólogo se observaba, se contraloreaba, se vigilaba...

Más allá un Blasco, encendido como una tea, inquieto y aventurero, comenzó a vociferar contra Mussolini, contra Alfonso XIII y a decir incendios del lamentable Marqués de Estella.

Seis Blascos intentaron hacerlo callar.

—¡Imbécil! ¡Qué propagandas subversivas!

—¡Eh, lo que nos costaría editar un millón de folletos, introducirlos de contrabando con aeroplanos!

—¡No! ¡No! ¡No!

—Los editores italianos nos dicen: “¡porco antifascista”!

Y la voz del agitador romántico cubría el tumulto:

—¡Nos debemos a la Humanidad! ¡La libertad es el cielo de nuestras alas!

—¡Calle el utopista!

—¡Fuera el loco!

—Examinemos el negocio..., insistía la cordura práctica.

La confusión llegaba al punto máximo. Como sucede entre los hombres y los pueblos, cuando no encuentran otro camino para entenderse, los Vicentes se de-

cidieron a encargar a la fuerza la solución de sus controversias.

Y fué la conflagración.

Se embistieron, se golpearon, se liaron en luchas feroces entre imprecaciones, bufidos, insultos y gritos de fe.

—¡Viva la libertad!

—¡Viva el orden!

—¡Muera el socialismo!

—¡Abajo los burgueses!

Yo temblaba, mientras me hacía invisible, intangible, contra los muebles.

Un Vicente dictaba, un Vicente escribía, un Vicente ponía las cosas en orden, un Vicente tenía la cara bañada en lágrimas mientras pagaba los folletos y financiaba no sé qué revoluciones, un Vicente sonreía a unos dividendos, un Vicente guiñaba el ojo a una bailarina...

Diez Vicentes conservadores se complotaron para arrojar por el balcón al más viejo, y que, sin embargo, se conservaba más joven, de los Vicentes, al subversivo juvenil de Valencia; otro, que debía ser el “meteur en scène”, lo impidió:

—No, señor; los personajes, para dar todo su resultado, deben salir a tiempo.

El hombre de ideas protestó, vehemente, llevándose la mano al pecho:

—¡Yo soy sincero!

Los otros, unánimes, se indignaron:

—¡Aquí todos somos sinceros, honrados y leales!

¿Unánimes? He dicho mal. Uno había continuado sonriendo con cinismo.

Un Blasco, el traficante, alzó la voz:

—Eso es lo esencial para que el negocio marche...

Y no admitiré más, bajo ningún principio, cualquier gesto que no dé un resultado concreto. Veamos las últimas cuentas.

El subversivo descamisado se puso a silbar, indiferente.

Los otros se inclinaron sobre los guarismos.

Yo aproveché aquella distracción para empezar a alejarme en puntillas; aun sentí que decían:

—El loco nos cuesta mucho, pero como *réclame* resulta.

Posiblemente constataron un excelente tanto por ciento de ganancia.

Los diecinueve Vicentes lo miraron con simpatía, con cariñosa ternura, como a un chico idolatrado y bandido, como a un "enfant terrible"...

Lo invitaron:

—Por aquí, Vicentito...

Sentí los goznes sólidos de una puerta.

Juraría que lo encerraron en la caja de hierro, con los demás valores.

L A O B R A

En la tranquilidad de las vidas monótonas y descoloridas de los veinte amigos, la noticia había causado la revolución de una piedra en un hormiguero.

Llegaba el hombre.

Y aunque no le hubieran escrito nunca, los recuerdos juveniles eran tan vivos, tan soñados, que su evocación los convocó en el tradicional "Café Británico", ya sin el retorcido *art nouveau* de aquellos tiempos.

Allí acordaron reunirse para ir a la dársena, y en corporación, como a un mitin, se encaminaron al puerto.

Llegaba el hombre.

—Gran tipo este Ignudi; talentoso, de ingenio fácil, una promesa...

—¿Promesa?

—Bueno, lo de promesa decíamos antes, cuando su primer volumen de versos; al leer sus coloridas crónicas, interrumpidas por su carrera consular...

Habrá perseverado, como esos ríos hundidos en el

desierto, depurados al continuar subterráneamente su marcha...

—Ha madurado; nos reservará alguna estupenda sorpresa.

—En una de esas se nos descuelga con un obrón.

—Ha vivido más de diez años por allá.

—¡En qué ambiente! Después, casado, tranquilo, trabajando.

—¡Y nosotros tan descuidados!

* * *

Efectivamente, los amigos lo habían semiolvidado. Culpa de la ausencia, de la vida que aventara a unos lejos de los otros.

Ahora la gloria del compañero, el culto a su inteligencia, los volvía a reunir, y aprovechando el galvanismo imprevisto, bostezaba, despertando, la amistad.

¡Tenían un vínculo!

Agotados sus sueños, rotas o sin norte las brújulas de sus destinos, se agrupaban alrededor del único que había sabido mantener vivo el fuego sagrado.

* * *

—Viejo López, ¿te acordás?

—Ché, ¿y aquella del lunar?

—Y vos, eterno don Juan...

—Químicamente puro...

La asamblea de seres pacíficos, enjutos, gordos, en los dos polos resultantes de la sedentaria vida oficinesca; algunos, calvos; otros, cegatones... repetían anécdotas, refrescaban sucesos polvorientos y se entusiasmaban, o lo parecía, con sus evocaciones moceriles.

Los buenos padres no se habían separado de sus hijitos mayores, y cuando los cuentos eran muy escabrosos se los decían al oído y, congestionados, estallaban en carcajadas que terminaban en toses, mientras les lagrimeaban los ojos.

La casita del Parque Urbano, consagrada a la divinidad fantástica del Elefante Azul, en cuyo honor desfilaron las procesiones de hierofantes desnudos. Los sacrificios y las libaciones impetrando el sueño de las suegras y la repetición del milagro de María...

Los banquetes luculianos, preparados por Lázaro, auténtico cocinero de Marqueses y Presidentes de República, con postres decorados con discursos despampanantes de Manuel Esteros y de Tabella y danzas clásicas de Carlitos Gutiérrez, que imitaba tan bien a Tórtola Valencia que, al fin, había que preservarlo de la agresividad faunesca de los admiradores desenfrenados!

Las francachelas del "Bon Jules", con asado criollo,

bandoneón gemebundo y copiosas "cañadas" entre las glorietas; los pucheros de media noche en el "Novedades", en el cual Juan Francis pedía muy grave al "garzón":

—¡Hambre para dieciséis vintenes!

... El robo de mujeres de una casa alegre; la inclinación panteísta de Esteros, que intentaba dormir sobre los árboles y, vestido de pájaro, silbaba con una pasión digna del Vilardebó.

No sé qué combinación les permitió tener una quinta allá por Maroñas. Hacían vida comunista y de Paraíso terrenal, aunque escaseaban las Evas... El traje más habitual, — corría el verano, — era el de Adán, y habiendo ido a hacer una visita a Horacio Guichón, un su tío, católico, italiano y pulcro, aquél llamó muy gentil:

—Muchachos, vengan que les voy a presentar mi pariente.

Y los "muchachos" se aparecieron, así, vestidos de entre casa, con todo lo que Dios les había dado... al aire.

Pascual Márquez agregaba que el hombre, escandalizado, se tomaba la cabeza:

—¡¡Mire si vengo con mi señora!!

—¡Lindas locuras de muchachos!...

E inflaban, daban contornos bocachescos a algunas aventuras.

Saltaron a lo serio.

Uno se atrevía a interrogar:

—Che, al fin y al cabo, ¿qué ha escrito? ¿qué anuncia Ignudi?

Se miraron.

En concreto, nadie sabía nada, ni siquiera afirmaron la certeza de la cuestión. Lo imaginaban, — como algo indudable, — y cual si poseyera cada uno el secreto, experimentaban la sensación de hacerse más íntimos del amigo reservándose, al tiempo de depositar una ilimitada confianza en sus condiciones, en sus realizaciones.

No hablaban claro, porque es muy humano no propender a destruir una esperanza naciente, y sin exceptuar el preguntón, estaban unánimemente convencidos de que les iba a alcanzar algo de la gloria del querido compañero.

Todos eran amiguísimos del Cónsul.

Intentaban superarse revelando intimidades, fraternales confidencias.

Del Rivero había tenido con él un cuarto en Buenos Aires.

Coronel resulta que lo quería "como... como... como a un hijo".

Morixe, cuyo flaco era la elegancia, lo imaginaba:

—¡Cómo vendrá! Viviendo en Europa, en ese ambiente de "exquisita civilización"...

Con su prisma lo veía cambiadísimo, distinguido, con polainas blancas, como había visto a otro cónsul, y con el aristocrático monóculo.

* * *

Para sí, cada uno pensaba:

—Lo más notable es el silencio del rico tipo respecto a la obra... ¿A la obra?, si ni el viaje les había anunciado...

Ojeda pescó la noticia en el Ministerio y publicó una nota en "La Razón", si no...

Muslera, avanzó:

—Lo malo es que nos venga con efectismos... No decir una jota del libro. Pero, a sus muchachos nos lo va a leer, como antes lo hiciera con sus versos en el tan montevideano Forte Makallé.

¿Sería un poema? ¿Una novela? ¿Cuentos? ¿Filosofía?...

Vaya a saber.

¡Talento tenía de sobra!

—¡Bravo Ignudi! ¿Se vendrá a quedar?

—Hay que hacerle campo, ayudarlo, secundarlo...

—¡Es uno de los nuestros!

Algunos se avergonzaban:

—Yo dejé de escribirle...

—Yo con mis líos políticos...

Otros se apagaban en la sombra de los empleos.

Vidas al tranco, grises, sin relieve.

Quién no había ido ni a Buenos Aires, otro no leía sino el diario del partido, o peor, la crónica de las patas: caballos o football...

Como tras una cortina de anónimo, iban, venían, manejados por la fatalidad.

No se lo declaraban, pero el inesperado entusiasmo por el compañero encubría la esperanza de, por reflejo, recibir un rayo de luz.

¿Quién les decía que no se contagiaban de suerte?

En veinte hogares se había hablado de aquello, había florecido el pasado y en las sobremesas monótonas o fugaces, versos románticos, recuerdos de noviazgos, evocaciones de primeros besos, tan unidos a aquella loca juventud que se les había olvidado, volvían al conjuro del desfilar de la vida del amigo...

Y, bajo otra capa más íntima, despertaban sueños y temblaban su reclamo a la vida tronchadas vocaciones.

* * *

Calentaba el sol.

Resplandecían las piedras del pavimento lastimando la retina.

El puerto hormigueaba de gente.

Vinieron los marineros indígenas, con los gorros requintados, y tiraron un cordón delante de la muchedumbre impaciente.

Los amigos, continuando su inagotable charla, se arrimaron al malecón cuando sintieron el anuncio:

—Ya está ahí. Pasó la escollera. Ahí viene...

El transatlántico avanzaba magnífico, arrojando un humo negro, espeso, por sus dos chimeneas.

Hizo roncar su bocina poderosa, que hinchó los kioscos, los depósitos del puerto, la propicia inmensidad del cielo.

Los espectadores empezaron a descubrir a los viajeros, a los conocidos, a los parientes.

—Eh, Gabriel... Marzini... Calvi, Calvi! Calvi!!
Estamos aquí!

Las manos hacían de megáfonos.

Se aumentaban, iban, venían, complicábanse las preguntas, con los ruidos de cadenas y hierros de las maniobras y las respuestas, los gritos de saludo, a medida que el vapor se acercaba a tierra.

—¿E Ignudi?

—¿Es ese?

—No, no es...

—¡Qué va a ser aquel!

López se impuso:

—Allá está.

—¿El del gorro? ¿El gordo?

—Sí.

Un hombre grueso, coloradote, masticando un toscano, miraba desde la barandilla con una perfecta indiferencia.

—¡Ignudi, Ignudi!... ¡Hermano, viejo! ¡Querido Ignudi!

El aludido miró, volvió a mirar, hizo protección de los ojos con la mano, llevó el cigarro a un costado de la boca para responder:

—¡Oh, cari, amigo... ¡Buen día, bravo! ¡Mah, bravo!

Y hablaba a una señora obesa que acunaba un pequeño, dormido en sus brazos.

Los de la recepción también rompieron el fuego de las preguntas:

—¿Qué tal el viaje, la travesía?

—¡Ah, bandido, bandido! gritaba Del Rivero, emocionado.

—¿Cómo estás?

—¿Extrañabas?

—¡Estás gordo, che!

.....

Cuando el Cónsul descendió, todos lo abrazaron.

Ahora sí era una intrincada confusión de preguntas, bromas, evocaciones.

Gutiérrez lo interrogó a Tabella:

—Che, ¿diré unas palabras?

El compañero lo disuadió:

—El horno no está para bollos.

Ignudi les presentaba la mujer. Hablaba un italiano chapurreado.

—Per que essa lo capisca.

Se traía los dos hijos menores; dejó cinco en Italia.

Se defendía:

—La emulación el clima, el buen vino... saben?

—¿Entonces no te quedás?

—No, ma qué, ritorno! Y se disculpaba:

—Hablo come un gringo, muchacho; se imaginan, sono trece o catorce año.

Los camaradas, discretos, lo dejaron.

Lo irían a ver al hotel.

* * *

La impresión no había sido muy buena.

Intentaban corregirla.

La llegada de un largo viaje... Las apariencias engañan... El hábito no hace el monje, ni la gordura un poco maciza del Cónsul, el traje de confección, las uñas sucias significaban el desaliño o la adiposidad interior...

La misma franqueza un poco vulgar, ordinaria:

—¿Cuesta cara la vida? ¿El pan y la carne son barato siempre?...

... No se podían tomar como un índice.

Románticos de ellos que encontraban criticable que al viajero no se le ocurriese otro pensamiento al poner el pie en el suelo de la patria, después de tantos años.

—¡Cuesta caro el puchero!

Los del homenaje se dispersaron hacia sus hogares.

Ya en sus casas las esposas, las madres, las hermanas, esperándolos impacientes, interesadas en la suerte del gran escritor amigo, del cual se habló con tanta cordialidad y calor, curioseaban:

—¿Cómo vino? ¿Qué dice? ¿Qué tipo tiene? ¿Y la obra?...

—La primera impresión... Hay que hablar... Veremos... ¿Qué figura, mujer? ¡No todos van a ser figurines!

Ya nos enterará de lo que trae... Hemos ido casi de sorpresa... Debe descansar, ordenar sus cosas, sus papeles...

* * *

Sin comunicárselo, los amigos empezaron a ir de uno al hotel, como para conquistar separadamente la primicia de lo que hubiera.

Se espiaban.

No entraban cuando estaba otro.

Lo dejaban ir.

Volvían más tarde.

Ignudi atareadísimo, siempre en el Ministerio, se había a esperar.

La señora no entendía una palabra de español, y, para mejor, desconfiaba que todos los amigos de su marido venían a pedirle plata...

Cuando lo encontraban, él hablaba de vinos, de azufre, de la importación de limones o de la salsa de tomates.

¿Ignudi les tomaba el pelo?

¿Alargaba la cosa por burla?

¿Y la obra?

Gutiérrez lo llevó un día a comer a la Playa Ramírez entre la confusión de feria de los teatrillos al aire libre, las calesitas y los tranvías repletos de gente.

—Lo voy a meter bien en el berenjenal, decía. Va a recordar. Se va a abrir.

Hasta la mesita donde perfumaba apetitoso un gorro costillar al asador, llegaban ecos de bocinas, campanas del tren, los chillidos de las cupletistas y el chancleteo sensual de una machicha brasileña en moda.

—¿Qué me decís, viejo?

Él preguntó si había tallarines...

Como ya andaban por terminar la segunda botella de chianti, Carlitos creyó llegado el momento de las confidencias:

—Che, Ignudi, a mí no me embromás: ¿y la obra?

—¿Qué obra?

—El libro... no te hagás el zonzo... todos esperamos el libro.

—Ma qué libro d'Egitto?!

A Gutiérrez se le atragantó un pedazo de queso que comía.

Parece que le habían bajado por adentro un telón que decía: *Silencio*.

Hizo seña con el dedo al mozo, pidiendo la cuenta. La pagó mudo, y se fué.

* * *

Repantigado en el 55 volvía a su hotel.

—Ma qué libro d'Egitto?!

Él no pensaba en libros...

Hoy.

Y su salida extemporánea, brutal casi, lo libró de sofismas, de explicaciones, del desarrollo inacabable de teorías y principios.

Respondió con un poco de rabia y le costó acabar con la que le quedaba para declararse:

—Hasta yo lo hubiera esperado, y recostarse en un fatalismo cómodo:

—No tendría que venir... ¿Y qué?... ¿No se vive igual?... O mejor!, se corrigió burguesamente.

* * *

Al llegar a Europa, — historia antigua, — despierta la curiosidad, vivo el juvenil entusiasmo, se puso a observar y a estudiar, investigó, se dió al trabajo.

Sonó la obra.

Dudó: historia, arte, ensayo...

Emprendió su lucha lleno de optimismo.

Por el camino del teatro, de la novela, de la historia, las sombras enormes, las figuras desmesuradas de los inmortales se alzaban como inmensas vallas en los senderos...

Un espíritu de crítico exacerbado destruía todo, le daba base para una ambición sin límites.

¡Una gran obra había que hacer!

Entretanto no hacía más que encontrar defectos... hasta en lo suyo.

Mientras hacía la elección: tema erudito, reconstrucción histórica, estudio?... se le venían a la mente motivos simples, cosas del terruño, tiernas nostalgias de la patria.

Sensiblerías, se condenaba, bobadas...

¡Criollerías!...

Para salir con eso no se necesitaba cruzar el océano. Exploró las escuelas a la moda, los "ismos" nuevos; leyó decenas de revistas; frecuentó los espectáculos llamativos; se embarcó en las tendencias locas...

Entretanto, la juventud le hacía rosa la existencia.

Viajaba. Cambiaba de amantes. Se divertía...

Disculpaba su indolencia, su falta de voluntad, con un gesto de falsa superioridad, de "je m'en fiche"...

Un momento hubo en que hasta sus obligaciones profesionales fueron descuidadas; pero Madama Burocracia no utiliza tanto o hace oídos de mercader a los sofismas capaces de conseguir la absolución por las omisiones o los deberes hacia la Literatura.

Una nota, un decreto lo llamaron al orden:

—V. S., etc... cueros, lanas, frutos del país; la salud de los chanchos, la filoxera, otros etc.

—¡Mire si pierdo el empleo! Los pesitos seguros, puntuales, "sésamo ábrete" de una vida fácil, confortable... Teatros, paseos, mujeres, playas...

¡Últimamente!

Alguna dificultad financiera le hizo maldecir los juegos de Bolsa, la inestabilidad de la lira. Se familiarizó con los boletines de negocios; barajó dólares, libras, marcos. Estudió alzas y bajas. Épocas de compras.

Realizó una operación y, contagiado del hambre del oro, atrevió unas pequeñas adquisiciones de valores...

Tuvo suerte y le tomó gusto a la cosa.

Dragoneó de agiotista liliputiense, despertándosele en su interior la inclinación ancestral de su raza mercantilista y avara.

Fué como si en un banco reducido estuviesen sentados él, la vida, las diversiones y el arte...

El factor nuevo ocupó un sitio en el centro, y el arte rodó... cual en el juego infantil de la gata parida.

¡Adiós libros, sueños, papeles, proyectos!

Llegó a la conclusión de que su mejor negocio era casarse...

Se agarró a una rica italiana, robusta, con los riñones y el cerebro incontaminados, que le ordenaba los informes consulares por él traducidos y le regalaba un hijo por año.

Después... después... Se afirmaba en la vida. Compró una casa, una "villa" para veranear. Tenía títulos de deuda y mientras se agrandaba el depósito en el banco se le fueron haciendo más de "orden" las ideas...

Se olvidó de las "muchachadas" o, — eterna debilidad humana — alguna vez que un visitante perdido le mencionaba el pasado, le preguntaba:

—¿No hace más versitos?

... Él se reía, colocaba un chiste, una frase hecha, o si el interrogante era de otra calaña, atribuía su exilio del Parnaso, al diluvio de prosa de las obligaciones burocráticas.

No era sólo "aquello" lo que él olvidaba...

Los días que se quedan, los meses, los años, como en una corriente turbia, arrastran sueños, ilusiones, proyectos, un amor que se silencia, hasta alguna canalladita...

Todo se oscurece, se uniforma, se pierde en el olvido.

¡Cómo se iba a acordar de las pobres ambiciones juveniles!

Ni cuando se embarcaba las recordó.

Y los "muchachos" indiscretos, como unos acreedores esperanzados, aguardaban su entrega de gloria a cuenta de mayor cantidad...

Lo fastidiaban, le metían ante los ojos una verdad amarga.

—¿Qué libro de Egipto?!

Natural.

Cuando se nos toma en fallo, nos hacen notar una incorrección, una vieja deuda, una mancha, optamos por sorprendernos, terminamos por enfadarnos...

* * *

Los "muchachos", algunos de los cuales le andaban pisando a los cincuenta, no se encontraron más.

El asunto podía dar lugar a bromas, a frases de ingenio, pero tenía no sé qué de puro, de alto, de respetable.

No se atrevían a reirse, hasta por sí mismos.

Habían puesto demasiado de sus almas en "aquello".

Y veían más oscuridad en su impotencia, más gris en sus anonimidades, más vacío en sus vidas opacas.

Se huían como si ellos fueran los responsables y les diera vergüenza que Ignudi no hubiera escrito la obra.

* * *

El Cónsul se marchaba silenciosamente.

Ni uno solo de los compañeros lo fué a despedir.

Su mujer le preguntó, sorprendida:

—¿E gli amici?

—Bah, gli amici... los amigos...

Iba posiblemente a verter uno de sus habituales juicios escépticos — de los hombres áridos — sobre la amistad.

Tuvo pudor.

Debe haber presentido el dolor de los veinte amigos que estarían recogiendo, con la desolación de la postrer derrota, las últimas ilusioncitas sacadas al sol...

La obra... La piedra en el hormiguero...

* * *

Solos, afanosos, en secreto, en silencio, veinte hombres echaban paladas de olvido sobre el cadáver de la última esperanza.

AVENTURA CON SIETE MUJERES Y UN GENERAL

Sin libro, sin diario, tácitamente, para no dejarme conquistar tan de inmediato y poder gozar desmesuradamente las sensaciones, me escurro como una alimaña hacia el rincón más de terciopelo y más de sombra de la plaza.

Ahí un banco propicio ondula como un barquichuelo amarrado a una orilla y veo cabecear a su ocupante que hace esgrima de mallas en un relucir de agujas que tiran y paran golpes sucesivos.

Los árboles no son de Corot, porque todos los Corot son ferruginosos. Los árboles son de escuela impresionista. Pizarros, Cezannes, no llegan a Gauguin.

El verde de la hierba del arriate es jardín inglés puro.

El bananero, que en invierno se encierra en una cabañita de Malasia, está desnudo,—desnudez de mujer,—con la magra carne traslúcida en el vidrio amarillo del sol.

La mujer se ha aproximado y me toca un muslo.

Ese arriate de flores rojas que flota luminoso son cuatro piernas abiertas,

La mujer malliza y me sonrío.

Se entienden nuestros ojos. Nos levantamos y bastante juntos, — todo cuanto lo permite la indiscreción de los paseantes, — nos vamos por una callecita apretada.

Ella es portera.

Empujamos la puerta de cristales y, como un perro fiel, un tufo de cebollas y agua de Jane salta de la cocina, de la colcha blanca, de los barrotes negros de la cama.

No quiere quitarse la ropa.

Si tuviera alma de poetisa yo le hablaría del bananero desnudo.

Las sombras azules y violetas caminan sobre el césped con una lentitud de fauna suboceánica.

Y en la maraña del árbol más cercano silba un pájaro, como si el follaje se soplara los dedos de frío.

¿Las flores rojas huelen a agua de colonia de Atkinson?

No, debe ser porque dos señoritas han ocupado un sitio en el banco entre la que hace malla y yo.

Una me mira. Es roja de cabellos. ¡Qué esfuerzos necesitará para hacer expresivos sus ojos desteñidos!

Me gusta más la otra.

Con todo, como las dos me han hecho señas, estoy obligado, caballerescamente, a seguir a las dos.

Estudio lo que les diré, mientras se enreda en mis piernas el arco de este niño que llega agitado.

Esta niñera me borra el paisaje. Se hincha con su delantal blanco, espumoso de puntillas; con la blusa rosa flotante de cintas y el collar, las pulseras, las pendulares caravanas de oro macizo.

El bebe de cromo, — don Garsía de Medici del Perugino, niño de della Robbia, grabado inglés, — está en el cochecito y es lindo como un humano muñeco de Lenci.

Yo me pongo, — como un loco, — a besar el brazo izquierdo de la nodriza.

Tiene un gusto raro a morcilla, a ladrillo y a pintura. . . Hombre, si es un brazo de los últimos tiempos de Renoir, cuando estaba medio paralizado (Salón d'Automne, 1920).

¡Qué húmeda, caliente y mórbida es esta mujerona!

Soy un dedo de azúcar en una fuente de merengues.

Ante mis ojos caminan en el aire los zancos de acero de las agujas que hacen malla.

Llora el bebe.

El pájaro hace dulce el silbido.

Al tamizar el sol su oro, la hierba inglesa, los árboles y las flores rojas reciben del cielo una mano de jarabe.

Una llovizna de poesía nos envuelve con tibia languidez, nos empapa, nos cala hasta los huesos.

Suspiramos.

Somos las teclas de un piano. La mano de seda de la tarde nos arranca gemidos al bananero, al banco, a mí y a dos jamonas que huelen a pueblo de provincia sin ferrocarril.

Una pelota a losanges rojos, amarillos y azules va y viene.

—Ah, yo no me entregaría.

—Pero sabiendo que él es el más fuerte.

—¡Gritaría! ¡gritaría!

—¿Y si nadie te oía?

—Me oiría él y el sátiro se excitaría.

Una hoja dorada revolotea, cae indecisa.

Por la forma debe ser de un hipocastaño.

Hay un frescor de gruta y el bananero sueña con el aliento de un bosque del Brasil.

Las solteronas, dándose cuenta de mi indiferencia:

—¿El señor es artista?... Tenemos en casa un Van Dick.

—¡¡Un Van Dick!!

Estas deben haber leído a Maupassant. Veo en un cuento la pierna de la señora subiendo al coche para ir a visitar la colección de grabados japoneses... ¿Eran grabados o eran tazas?

Ellas me introducen en una sala en penumbra, me empujan hacia el sofá cómplice, donde me esperan los cien brazos muelles de los almohadones. El benjuí, al-mibarado como un eunuco, me dice leyendas de las "Mil y Una Noches".

—¡Duerme, duerme, niño bello!"

El cochecito se va entre la nube de carne, puntillas y cintas.

Me he ido al extremo del banco repleto.

¿Y si naufraga?

No, no puede naufragar sino para mí.

Para los otros no es un barquichuelo.

El jardinero, vestido de espantapájaros, arrastra la serpiente de un caño de goma y anima en vértigo de veleta un aparato que pulveriza irisados diamantes.

¡Va a apagar las cuatro luminosas piernas rojas de aquellas flores!

La estatua del monumento no sé a quién amenaza con su espada negra.

Viene una mujercita deliciosa.

Ya está en mi banco.

Seis niñitas juegan a la rueda-rueda. Gira la margarita de pétalos de diversos colores. Verde, naranja, amarillo, rojo, blanco, azul.

Quién sabe si no andan por ahí las magras manos de la Muerte, curiosa del Destino...

El pájaro recomienza su sonata.

Intento distraerme. Pienso en el polo. Cuento hasta cincuenta. No hay nada que hacer. La muchacha me ahoga, me sofoca, me desvanece.

De lejos, con sus movimientos, empezó a hacerme cosquillas.

Ahora, cual si exprimiese la borla escarlata de un oculto pulverizador, me dirige exactamente a las narinas olas de perfume, almizcle y piel de Rusia y aromas leves de prendas femeninas que han besado una epidermis viva, sedosa y caliente.

¡Viva, sedosa y caliente!

¡Yo no puedo más!

El pájaro desgrana una endecha de claro de luna.

Y el verde del cantero, — noches de amor de Hyde Park! — licúa esmeraldas marinas de Capri, del Jonio, de Cádiz . . .

—Señorita, si usted fuese tan gentil y me permitiese acompañarla . . .

—Podemos ir a ese hotel.

El general Lamármora mete su espada oxidada entre ambos y nos separa.

La poesía de las cosas pone en conflicto las bellezas desencontradas.

La hora se azula, se empolva de oro, se morbidiza en violetas desmayados; los árboles danzan con la música

del pájaro loco de armonías. El grito de las piernas rojas, no pudiendo triunfar, amenaza con volverse una tijera de fuego y decapitar el bananero impúdico y follajes y sombras y ritmos.

Temo desgarré la felpa verde de la hierba.

Las voy a contener con la mano, cuando la mujer que hace malla me mete las agujas por los ojos, increpándome:

—¡Qué atrevido!

No resta sino la harpía en la barca del banco. Tiene un gracioso jopo hecho con hebrillas de alambre y la dentadura artificial ha estado tictaqueando como una vieja máquina de escribir.

El general Lamármora no se cansa de dar su estocada hacia la calle, cual si quisiera tallar la dinámica y multicolor serpiente del tráfico.

¡Qué tragedia si desarticula el reptil!

Me duele el oído del chillar de timbre eléctrico del tranvía o de los aullidos de bestia destripada de un auto.

La mujer de la malla.

Las dos señoritas.

La niñera.

Las solteronas.

La jovencita con taxímetro.

Total siete.

Esto es importante, porque el lector va a exigir lo que promete el título.

Son siete mujeres, la ancha aventura y el general Lamármora. (Cuento).

* * *

El Director de la revista me pregunta:

—¿Esto es freudiano, subconciencia y superrealismo?

—Efectivamente.

—¿Simultaneísta?

—Eso es.

—¿No le parece que quedaría bien y mucho más "izquierda" un joven ambiguo?

—Si nos pudiera servir el general...

—Bien; introdúzcalo en la aventura.

Bajando la voz:

—Mire, ahora cuando pase menos gente lo bajo del zócalo y lo hago navegar en el barquichuelo del banco...

—¿Y lo seduce?

—Naturalmente... ¡De todas maneras nos cuesta tan poco!

M O N T E V I D E O

Los pueblitos blancos se acurrucan frente a un plu-
món de bosque, al murmurio de un arroyo, al camino
de plata y esmalte de un río, cerca de un puente de fe-
rrocarril, —monstruoso insecto generado por el pro-
greso— y, sobre su calma y su silencio, los cielos grá-
vidos de astros amplían su bóveda azul cual si quisie-
ran dejar el mayor espacio a los sueños provincianos
que a veces remontan, remontan, para caer con las alas
cansadas.

La plaza, la sombra de la iglesia, el bostezo de la ca-
lle real, la incubadora de la prensa local, conocen al
muchachito atormentado de futuro y de locuras...

Y antes que el telégrafo sin hilos o la radio venciese
mágicamente las distancias, desde los cerebros y las al-
mas afiebrados de sueños, estaban surgiendo los mensa-
jes hacia el imán de la Atenas del Plata.

¡Montevideo!

¡El porvenir! ¡la gloria!

Sueños de juventud, mañanas radiosas que, como en
la vida, son golosinas del apetito sin fondo de las no-
ches, de la nada...

Con un dejo de gris y de amargura voy a hojear la historia de uno de esos héroes oscuros y tenaces para quienes no hay una sola sonrisa de la suerte.

* * *

Desde su pueblo recogido y dulce, Castro Torrado intentó una, dos conquistas de la Capital.

Ahora volvía maltrecho, derrotado, pero no vencido, de su segunda andanza lírica.

Desde la borda del barco monologaba entre escéptico y optimista:

—La vida es injusta! injusta!... Qué mal repartidos el talento y el dinero!... Pero, ¡viva la vida! Todos estos dolores, estas desilusiones, estos paréntesis angustiosos que desplazan los sueños hacia un futuro vago o los idealizan en la remembranza de las cosas idas, también son vivir!

El tiempo indetenible galopa y la filosofía de: "¡muerto el Rey, viva el Rey!", es el hosanna del optimismo esperanzado.

—¡Adiós, de nuevo, Montevideo!

Sin embargo, ahora el viajero no pudo decir: "hasta la vuelta".

Una opresión lo hizo suspirar; dos lágrimas le ardiéron los ojos tristes.

Al quitarse el jockey en señal de saludo, una lamparilla eléctrica se miró en su calva amarilla y el relente helado y húmedo — aliento maligno del estuario, — le aplicó una, dos, tres telas de hielo, hasta que le extrajeron, como de sendas botellas de champán, unos estornudos sucesivos.

Entre la carne fofa de la niebla se le diluía al faro del Cerro su puñalada lívida.

El muelle bailaba con el hormigueo del público; la escollera giraba como un brazo de grúa y saltaban del cielo al mar y a la tierra y viceversa, estrellas, farolas de barcos, boyas y focos eléctricos.

El vapor, con ímpetu suicida, se tiraba de cabeza en la sombra y la ciudad se iba a esconder igual a un aderezo cuyo estuche se cierra.

Él continuó su salva de estornudos y se retiró disparando maldiciones.

* * *

Las máquinas trepidaban rezongando protestas.

Las olas negras embestían unánimes e incansables los flancos del barco, y sobre el borrón de la noche y el mar, los astros aventuraban paracaídas mortecinos; los pontones taladraban la neblina con sus púas luminosas y la campana, desesperada y monótona, aullaba a la muerte.



* * *

El Salto.

Las calles como en llaga viva; las casas incoloras, achatadas de pequeñez; las ventanas — ojos y oídos, — volcadas sobre el río que pasaba relatando leyendas...

Y una bostezante calma burguesa en cuya planicie desierta se alzaba el cohete romántico y anárquico.

Cada vez que chisporroteaba un verso, se levantaba el puño de un anatema o reventaba una protesta, la polvareda de una huída de sombras negras oscurecía la atmósfera.

Con las encendidas melenas al viento, en el galope demente de sus potros sin riendas, cruzaba la cabalgata.

Corazones vírgenes, cerebros cronométricos, panzas cebadas, damas de la Congregación de la Buena Muerte, suspiraban, temblaban, oraban equitativamente.

El espárrago azul de punta blanca del guardia civil no sabía si desenvainar el machete o hacer la venia.

El aire tenía fiebre.

El cielo se inclinaba para prender alguna estrella en los cabellos de los infantes.

¡Pasaban los poetas!

* * *

Iba Castrito.

Y no entre los últimos.

Y, como esa mañana había aparecido en el "Correo Latino" una poesía suya dedicada a Italia Futurista, detuvo su Pegaso para interrogar a don Genaro.

—¿Leyó los versos?

—¡Ma qué! Ho altro da fare io...

—¡!

—E dopo nun sacho leyere.

* * *

En la pared encalada, asomados a las ventanas de sus cuadros, curioseaban Carlos Marx, Eliseo Reclús, Alberto Ghirardo con sus bigotes a lo Guillermo II y, llameante, rojo, cual si se hubiese tragado un aviso luminoso de "peligro", Angel Falco con su aire de mosquetero y su crencha abundosa y flamante.

Unos estantes, una mesa... agobiados de libros, de folletos, de revistas.

Dos siglos en diez muchachos.

El golpe ciclópeo de las afirmaciones; las banderillas de las paradojas y un montón de ideas fijas trepanando cerebros.

¡Era Nueva! ¡Humanidad! ¡FUTURO!

Un apretado haz juvenil — vástagos de la bandera roja, — cantaba por la calle — boca en O, ojos fuera de las órbitas, — su himno rebelde y visionario.

* * *

El comisario y los satélites de los milicos.

Una huelga erizada de puños amenazantes; discursos espinosos de exclamaciones. Cargas de la policía. Un calvario en chico. Las esposas en las muñecas, entre dos guardias. Y en el calabozo húmedo y oscuro, Castrito: —¡Hermano, Silvio Péllico!

* * *

“La Semana”, de la metrópoli, se engalanaba con sus madrigales.

Más peine, más cosmético y a la Calle Real con el chambergo aludo.

Viaje a Montevideo.

Polo Bamba.

Los Andes con el cardumen de sus picos. Hirsutos, aguileros, helados, volcánicos . . . eruptando frases . . .

Pálido, sarcástico, un mechón en la cara, Herrerita con su camiseta gorkiana.

Gozalbo con su asiria barba de bronce y su ojo hierático.

Los bigotes lacios y el alma de Sawa y de Quijote de Leoncio Lasso de la Vega.

Justo Deza, duro, importante, india escultura en madera.

Edmundo Bianchi, abriendo su ventana y gritando: “¡Señores, me he vuelto loco!”

Ovidio Fernández Ríos, lo maravillaba con la parsimoniosa preparación del *pernod* y la matemática de terrones de azúcar y gotas de ajeno.

Alberto Lasplaces, viviendo:

“en los versos, por los versos y para los versos”.

Barradas economizando líneas para hacer frases.

Y la carne de cañón de la literatura, víctimas de la fatalidad, que antes de ahogarse en el mar del anónimo salen tres veces a la superficie y tiran su “manotón de ahugau” a la Gloria.

* * *

Tras los vidrios burilados de humo, de mugre y del aliento invernal, pasaban figuras confusas.

Pérez y Curis, agrio, místico, heroico.

Con Medina Betancort, cuatro, cinco, diez . . . protegiendo una velita que una dama hombruna intentaba apagarles . . .

El clavel de fuego de Falco.

Frugoni silencioso, con la precaución de quien lleva una divina joya frágil.

El Marqués don Carlos María de Vallejo con una bandanita para limpiar su escudo. Y perfecto, hasta el punto que incitaba a buscarle el “Made in . . .”, para

mandarnos hacer otro, con su apostura de lord y de teniente meritorio de húsares, Aurelio del Hebrón.

Y dentro y fuera, Castrito, hecho una enorme oreja, captando todas las ondas simpáticas, cargado con su cuadernito de versos y sus dramas inéditos.

El empacho de sueños no equivalía a la falta de alimentos.

—Castro, lo encuentro triste.

—Nostalgia.

Usaba ese eufemismo para designar el hambre.

Y hubo de sumarse a una compañía de dramas criollos y hacer de apuntador, de payaso y de hijo de Juan Moreira, porque, tan pequeñito, parecía un niño y no podía servir para otra cosa.

* * *

El Salto.

—¿Y el viaje?

—Pischt.

—¿Y los versos?

—Pischt.

—¿Y tu alma revolucionaria? ¿Tus sueños de belleza?

—Pischt, pischt, pischt...

* * *

Castrito pegado a las casas, en puntas de pie, va al empleo.

Debe tener miedo de aquella matrona que apagaba la llama...

¡Qué caligrafía! "Dios guarde a usted muchos años", papel numerado y la mesada segura...

—¡Viva el partido...! al hombre le venía tos, se ponía rojo.

¿Sería por el ahogo?

Se vengaba en casa.

No cedía.

Dejó de hacer versos porque se casó con la hija de don Genaro, pero ya componía cuentos, redondeaba una novela, apilaba ensayos y pensamientos filosóficos.

* * *

En el horizonte: ¡Montevideo!

¡Siempre Montevideo!

* * *

Escribió a "El Siglo Ilustrado".

Le enviaron unos presupuestos.

Se dirigió a "Renacimiento", a Orsini Bertani, a "La Bolsa de los Libros".

Le remitieron unos catálogos.

Empezó a disparar colaboraciones como una ametralladora.

Samuel Blixen le dedicó un chiste; "Bohemia" le dió un consejo. . .

No cejaba.

* * *

Ya se tomaría la revancha. Y a su esposa que compasiva lo contemplaba perdiendo la vista y los pelos en su continua labor incesante, le relataba sus proyectos:

—¡A Montevideo! sabes. ¡A Montevideo por todo! Me lanzo.

Llevo los quince libros terminados.

Ya no es aquel embrionario, mísero ambiente raquí-tico.

Ahora es la época de las vacas gordas.

¡La cantidad de volúmenes que se publica!

Ediciones, ediciones, ediciones. . .

Si hasta el Ministerio de Instrucción Pública nos da premios.

Imagínate que, por la falta de difusión de mi nombre, no pretenderé me paguen adelantado. No me preocupa. Cobraré a libro vendido. Metamos: ediciones de 5,000,—con los pedidos de toda la América:

"que reza a Jesucristo y que habla en español" . . .

$15 \times 5 = 75.000$. 2 volúmenes por año. Ganancia neta en 7 años, dejándome cada ejemplar 5 reales. . . Descontado pérdidas, obsequio a la prensa y a los colegas, franqueo, etc.

60.000 libros vendidos, ¿eh?

No son cálculos alegres; saca la cuenta.

¡30.000 pesos redondos!

¿Qué me dices?

Compramos un chalet en Pocitos. . .

¡Montevideo!

Y no te digo nada la Gloria.

¡Como quien se aparta 30.000 pesos de gloria!

Y lo que ya me pagarán por los artículos y por los cuentos y hasta por los versos. . . Porque ahora vamos a desempolvar hasta los acrósticos publicados en "Las rosas de la tarde".

—¿Tienes un centímetro, no?

—Sí, por ahí anda el de la costura.

.
Y cuando pase por la calle, en el Prado, en el teatro, en las canchas de football:

—¡Ese es Castrito!

No, ese es Aristóbulo de Castro Torrado, porque eso de Castrito, cariñoso, sí, pero con algo de compasivo, lo relegamos al pasado.

* * *

Viaje.

Bien segura la valija con los quince volúmenes.

Hotel. Auto. Visitas.

—¿El señor diputado?

El sirviente se va con la tarjeta.

—El señor representante no está.

* * *

—Doctor.

—Oh, Castrito, usted por acá? ... Sí, me parece me dijeron en casa.

—.....

—¿Se viene, entonces?

—Efectivamente, a comprobar que también los criollos trabajamos.

—¿Trabajamos? Pero, ¿qué ha hecho?

—¡Quince libros!

—Ah, quince? ... Bravo (quince? y nosotros que nos hacemos hasta treinta sesiones por año!) Y, todo inédito?

—Sí, señor.

—¡Bravo! Castrito, usted es un tipo meritorio... Cuando me quiera ver...

* * *

En la Cámara y en su casa:

—No estoy para el sujetito ese.

* * *

A. Barreiro y Ramos & C.^a, S. A.

—Eh?

—Sabe, venía a proponer la publicación...

—Eh!

—Traía unas obritas para publicar.

Interrupción intempestiva:

—¿Usted es extranjero, señor?

—¡Yo! ¡Si soy más criollo que los chinchulines asados en un alambrecito!

—Ah! Como eso es tan extemporáneo.

* * *

“Palacio del Libro”.

Sonrisa dilatada y bien educada:

—Encantado, mi querido señor, de administrarle sus obras a cambio de un módico 40 %...

* * *

“Casa Editora”.

No se hace ningún trabajo si no se paga adelantado.

* * *

Con la valijita de cuero, rascándose la calva chata, en un banco de la Plaza Independencia, Castrito mira "El Precursor".

15 libros... 20 años.

Miope, pelado, pobre.

Heroísmo por heroísmo.

—No sé si don José Gervasio sería capaz de mi hazaña.

—Y entonces, ¿por qué los escritores no ponen bajo sus obras como una condecoración valiosa?:

"Casto Pichulini. Se edita por cuenta propia."

"Perico Galcerán: "Los cuervos". Trabajó 2 años. Copias \$ 30. Impresión \$ 400."

Es un mérito más de los escribas.

Y no quedaría mal en el Panteón Nacional, en letras de oro,—mientras a alguno de los padres de la patria sería necesario apuntarles: "nos costó medio millón de pesos",—dedicarles a ellos una leyenda:

"N N donó heroicamente a la patria, en alma, en sangre, en vida y en belleza \$ 83.50 de gloria auténtica."

Le volvía a la mente sus 30.000 \$ de ganancia y de gloria y la revelación de los librereros:

"El poeta X cambia la plata".

"No es negocio el del mejor novelista de la campaña y sus alrededores".

"Mengáñez gana, como una sirvienta, \$ 20 mensuales por sus obras famosas".

* * *

A la Plaza Nueva del Salto la vuelven a bautizar: "Plaza Aristóbulo de Castro Torrado".

Estallan bombas.

Desfilan los colegios con la bandera de la patria.

Habla el Presidente del Ateneo.

Cuando el Jefe Político tira el cordoncito que descubre la placa de mármol con su nombre y 1890-1931, suena el Himno Nacional y él se supone que está muerto.

¿Simultáneamente está en la Plaza Independencia... o serán aquellos los Campos Elíseos?

Se codea con Joaquín Suárez, Zorrilla de San Martín, Delmira, Herrera y Reissig, Blanes, Javier de Viana, Rodó, Reyles y Juana y Luisa y Oribe y Silva Valdés...

—¡Somos bastantes para un país tan chico!

Se ve que todos lo conocen y lo estiman.

Hasta don José Gervasio Artigas humaniza su cara de bronce, su gesto bélico y le sonrío campechano:

—Salute, viejo.

—Esto debe ser la Gloria, supone Castrito, y lamenta que su señora y don Genaro no se enteren.

Estornuda, se sofoca un poco.

—¿La Gloria esto? Bah!...

—Me parece conocer a esos señores graves...

Compone la pose.

Son los críticos.

Uno responde a su interrogación:

—Sí, hijo, es la Gloria...

* * *

El no puede evitar que se le unan los labios e imiten el rumor con que Panurgo — según Maese Francois Rabelais — atemorizaba a sus enemigos.

* * *

¡Montevideo!

¡Montevideo!... Castrito se prepara para el tercer viaje...

¡ V I V A L A L I B E R T A D !

Bien dicen que hasta que uno no se ve privado de un goce o de un derecho, no valora en toda su extensión el descuidado bien.

¡La libertad! ¿Qué me dicen de la libertad?

Ni siquiera estimamos su ilimitada grandeza, pero cuando hay cuatro paredes de cárcel que nos la aherraja, una obligación vuelta yugo, una suegra previsora o una mujercita que se preocupa excesivamente de... nuestra salud y bienestar... entonces es el suspirar, el chirriar de dientes y las ganas locas de aprendernos, como un símbolo, una de aquellas Odas a la Libertad, frondosas y retumbantes, que, con brío sudamericano, recitábamos en los exámenes del colegio.

Usted se casa, y se acabó el mundo.

Muy bien lo de la sopita y la puntería de las escupidas, de la decotinización de los cuentos verdes delante de las visitas, de los tes de guaco, de ñangapiré o de boldo... , pues, ¿qué ama de casa no nos resulta boticaria y hasta "médica"?...

... Pero, ¿y lo demás que sigue?...

Aguante usted las relaciones de la señora; soporte las dos o tres cinematografiadas semanales; deténgase, cuando acompaña a la cara mitad, en cuanta vidriera de trapos le salga al cruce, y explore, a patacón por cuadra, los paseos públicos, — prohibido entrar con perros — (¡qué ironía los cartelitos municipales!) en ese servicio dominical obligatorio de los burgueses pobres.

Tome su limonadita con la paja por ser lo más económico... y luego la seriedad, señor, la seriedad! que es lo que más me revienta.

Pero, ¿quién habrá inventado la seriedad?

Ve: una de las cosas que me intriga y me desazona cuando reflexiono frente a una estatua, es esta: que no se pueda reir nunca!

Mi caso no sería reir, sino, vamos...

Uno tiene un deseo bárbaro de hacer algún disparate de aquellos de los tiempos mozos, y de decirle un piropo vivo y lleno de fuego como un buscapié, a la muchachita que pasa...

¿Pero qué?

Una ojeada y un apurado pasarnos la lengua por los labios glotones:

“¡lambete qu'estás de güevo”!

La señora marcha al lado... Marcha! como un coracero y se ensordece desdeñosamente cuando aventuramos un tímido comentario:

—¡Qué... qué bien formadita, eh!

Y esa con esos senitos nuevos, duros, y que, sin embargo, uno se llenaría con ellos la mano despacito, despacito, cual si se fueran a romper...

¡Qué tentación de prevenirla!

—¡Oiga, niña, que se le va a agujerear la bata!...

Y traduce:

—Ves, las formas de esa están más en relación con la estatuaria griega...

—Ah, sí!...

—Sí, la estatuaria correntina no situará tan alto y separados los senos, ni serán tan duros y pequeños...

—Parece que tuvieras experiencia...

—Porque el tipo...

—¿Qué tipo?...

... ..
¿No te digo?... Y hay que responder:

—El tipo ese del auto es el amante de la bataclana de quien te hablaba...

—Mirá, Angelito, no te metas tú con esas mujeres.

* * *

—¡Qué piernas!, eh?... digo, ¡qué vestido corto, eh?...

—Es la moda.

—Linda, linda la moda. La pollerita por la rodilla,

o allende el bien y el mal, como dice Sanín Cano... y arriba, cerradas como unas monjas... Ricas tipas, eh? Me hacen acordar de aquella muchacha a quien sorprendieron desnuda y que, disponiendo sólo de las manos para cubrirse, optó por taparse la cara...

—¡Qué cosas tienes, Angelito!

—Es un decir.

—Viene mamá.

No se puede conversar, no se puede mirar, no se puede ser víctima de la influencia primaveral y del nefasto viento norte... No se puede nada!

* * *

Las señoras, muy sueltas de cuerpo, afirman:

—Los hombres, ah, los hombres, hay que prepararles todo... Y agregan, compasivas:

—No sirven para nada.

Pamplinas. Rivalidad de sexo. Como si nosotros no supiéramos, presentándose la oportunidad, hacer mangas y capirotos, o el fregado y el barrido del proverbio.

Luego, este fenómeno del feminismo, para poderse situar bien cuando triunfe, debe estar preparando ya en el elemento adónico los atributos y virtudes de las amas de casa.

Ahora lo veremos.

Mi esposa se va a campaña a llevar a su mamá, a quien han recetado — los médicos son unos grandes humoristas — tomar asiento en el barro caliente y benéfico de no sé qué pantano salubre descubierto en Rocha.

Vamos a gozarnos, pues, veinte días de asueto. Veinte días de vida. Veinte días de libertad!

Es tan imprevisto esto, que yo no sé ni cómo empezar el programa.

Por lo pronto: ¡viva la libertad!

Y... a apurar el vaso hasta las heces.

* * *

Como hay que ir al empleo, de mañana, comidita improvisada — para que nos sobren los vintenes; — siesta, rico baño, traje nuevo, y a cenar a los restaurants de los balnearios, gozando la “fresca viruta” marina.

Un: ¡moozo! o un snob: ¡gaarçon!, bien franchute y cargado de erres.

No faltará quien se dé vuelta a mirarnos...

Y el efecto que haremos entre el mundo de gente distinguida que los espejos multiplican!

... El ritmo de la música nos mece o nos hace seguir su compás...

¡En una de esas paso por un turista extranjero!...

¡Y hay tanta chica linda!...

¡Pucha, si tuviera un auto!...

En fin, terminamos la velada en el Royal, *dancing and girls* y champagne.

¡Los hombres no se arreglan solos!

Permítame una sonrisa.

¡Viva la libertad!

* * *

En la estación he constatado perfectamente que el tren se lleva a mi señora que, medio cuerpo fuera de la ventanilla, continúa vociferándome sus últimas disposiciones y recomendaciones:

—Ese dinero te alcanza y te sobra; los calzoncillos están en el segundo cajón de la cómoda; es mejor que no hagas entrar a la muchacha de la planchadora; la... la... la...

—Sí... la... la... laralalá!...

Por poco, de contento, me pongo a dar zapatetas como Don Quijote las hacía de desesperación en sus penitencias de la Peña Pobre.

* * *

¡Dios mío, qué vacía encuentro la casa!

Necesito calcetines, necesito mis zapatos, necesito una toalla, ne...

Mientras se calienta ese menjurje de cosas que me cuestan un ojo de la cara y obedece a una receta de Brillat Savarin, y que el gas — ¡tan práctico! — se encargará de transformar en un manjar, vamos a echar una miradita a las vecinas.

Hay por el tercero, una morocha de crencha alborotada que debe ser un Vesubio; la rubia que estudia para maestra es una papa... ¿y qué me dice de la empleadita de París-Londres?...

—¡Uff! ¡qué olor a quemado!

—¡¡!! adiós almuerzo y olla y una punta de reales de gas!

O ayuno, o debo salir a comer fuera.

* * *

Carta:

“Negra: No es que deje de reconocer tu necesidad en casa, pero solo estoy deliciosamente bien...”.

* * *

¡Qué diablo de descompostura! Me vendría macanudo un te de marcela. Y qué lindo sería que me lo trajeran a la cama...

Uno no está habituado a comidas de restaurant...

Recurriremos a una toma de magnesia, a un purgante.
tecito.

* * *

Carta:

"Querida: Me arreglo admirablemente. No creía descubrirme tales condiciones. A veces cocino yo; como bien y... barato...".

* * *

Bueno, son imprevistos, pero el auto, la cena con champán en el reservado de... me han hecho una bárbara sangría en la cartera! Y debo pensar en un regalito... Bueno, la chica vale la pena; pero yo no sé cómo me las voy a arreglar.

* * *

Carta:

"Vieja: La ausencia es dolorosa, pero aleccionadora. En medio de la melancolía de la soledad y la nostalgia, economizo...".

* * *

No tengo un par de calcetines, ni un cuello, ni una camisa limpia; no hay una corbata ni un par de pantalones estirados...

La muchacha de la planchadora entra sin que yo la invite y, es más, no sé cómo echarla.

Y, me duelen un poco los riñones.

* * *

Carta:

"Mujercita mía: Te extraño, sí, pero como a una adorada esposa; desde ese punto de vista sueño contigo y te llamo en mis horas de amor... Pero tu presencia no es indispensable respecto a lo demás. Aquí todo marcha como un reloj."

* * *

A mi mujer le faltan cinco días para venir, y a mí se me agotan precipitadamente los fondos.

* * *

Carta:

"Querida: Como administrador soy una fiera. Gasto con taxímetro. Con cuenta gotas. ¡No gasto nada!"

* * *

La canita al aire la hemos echado.

Hace dos días que me escondo de la vecina, y estoy a pan y agua, como un loro.

* * *

Carta:

"Mi negra: No te apures por venir...".

* * *

¡Viva la libertad!

E L B O T Í N

No era que en aquellos duros y dulces tiempos de la vida bohemia se viviese en la luna, pero nuestra lírica despreocupación no nos permitía el cotidiano contacto con la terrena miseria.

Era una cosa normal, pues, el no detenernos en lamentosas observaciones sobre nuestras derrotadas prendas personales, vicio burgués y horteril al cual apenas si dedicábamos algún sarcástico desahogo rimado.

Éramos superiores...

Rodolfo Lanza, filósofo, relojero y salteño, pasando cuarenta y ocho horas dormidas de un tirón, envuelto en el manto del sueño para que no lo viese el hambre... Horacio Bueno, industrial, comerciante, que era más buscavidas y había conseguido en "El Bajo" una popularidad de corredor de cuanto artículo necesitaban las franchutas, con las cuales él se entendía en un francés pintoresco y expresivo... Bueno, que amaba el invierno y los días de llovizna para adaptar a las circunstancias su único calzado, unos descomunales zapatos de goma rellenos de diarios... Jesús Méndez Bra-

vo, un aragonés de mentón borbónico y voz mandibularia, el Job de la compañía que, en noches interminables, trababa conocimiento con las tablas del piso, sobre las cuales dormía, soportando una lluvia finísima generada por nuestros colchones de pelo de caballo que se desventraban como japoneses estoicos.

Éramos superiores... comiendo de vez en vez en la "Cocina Económica", que nos impregnaba de olores a caldos y a frituras, hasta el punto de que, después del almuerzo, para no servir de aperitivo a nuestros compañeros en ayunas, debíamos someternos a una conveniente ventilación.

Éramos superiores... devorando, sobre papeles impermeables, pues prescindíamos de los vulgares platos, los tallarines preparados por Horacio en la jarra del agua.

Y, quizá por eso, yo jamás había hecho descender a los botines mi mirada olímpica.

Pero, aquella mañana debía ver a un señor de mi pueblo, quien me prometiera el "empleíto".

¡El "empleíto"! Varita mágica que me había abierto los ojos a las nueve de la mañana, — un madrugón, — y que ablandaría el corazón de granito del casero, del cual andábamos escapando como el diablo de la cruz. Y a mí, — a pesar de mi irreductible desprecio a las burgueserías, — me hiciera soñar con sastres y

zapateros sonrientes y solícitos y con descomunales *chops* de cerveza, tamaños como el tanque de la Compañía del Gas, con los cuales invitaba a la "barra", gozosa y espantada.

¡El empleíto!

Pero qué saben esos respetables Catones que quieren tapiar las sendas ya polvosas, ya floridas, ya llenas de espinas que conducen a los ciudadanos de ambos sexos a la burocracia...

El empleíto con la cohorte de ventajas y beneficios, desde las buenas relaciones con el estómago, hasta las mejores con la vecinita de enfrente, que nos sonríe al saludarnos y que, seguro, cuando nos deleita con su canto, se le debe hinchar como un plumón el pechito de paloma blanca.

Ya me conmovía pensando en casarme y abandonar a mis amigos.

—¡Adiós, hermanos, desierto del infatigable gremio!

Rodolfo me escuchaba incrédulo, pronto a cambiar en desprecio su escepticismo.

—¡Renegado! ¡tránsfuga!

Horacio cantaba:

"¡Chancho burgués, atrás, atrás!"

Jesús, a quien era familiar Lafontaine, intervino con su vozarrón:

—Dejémosle hacer “La lechera”.

* * *

Fué entonces cuando extraje un botín de debajo del catre.

—¡Horror!

¡Estaba imposible, intransitable, inverosímil!

Una babucha de Abu-Karem debía ser flor junto a mi tamango.

Los ocho ojos de los cuatro ciudadanos debían estar incubando una lágrima de inconmensurable lástima...

Los tacos torcidos y mochos; la capellada con más tajos que la cara de un malevo; el cuero totalmente descolorido y los cordones anudados, a pedazos!

¡No nos amilanamos frente a las sollicitaciones de la lucha!

En un santiamén aparecieron los elementos de combate.

Una aguja con hilo blanco, los cordones anaranjados de unos zapatos de Rodolfo y una excelente mezcla de cosmético de los bigotes de Horacio, tizne del primus y el residuo de uno de esos retacones tinteritos de dos vintenes.

Empezamos a negrearlos maravillosamente.

Uno, casi terminado, — esperaba la segunda mano, — fué recibido con hurras.

¡Parecía salido de lo de Fattoruso!

Yo lo fuí a colocar en nuestra alta ventana para que se secase.

Y... y... ¡maldita suerte!, como sobre un plano inclinado, se deslizó y ¡zuum! cayó en medio de la vereda.

—Jesús, ¿me lo vas a buscar?

El españolito titubeó; luego iba a cumplir el pedido cuando yo mismo lo tomé de las solapas.

—Espera.

Enfrente, la encantadora vecinita se asomaba al balcón y con unos “buenos días” que parecían un poema, me envolvió en la más lírica, más luminosa y más tibia de las sonrisas.

Rociaba las plantas.

Le cambiaba el alpiste a los canarios.

—Dentro de un momento se va... Lo mira... ¿Lo habrá visto?

...
—Vecino.

—Señorita.

—¿Cómo es eso, se le ha caído un botín?

Y yo, indiferente; estirándome un poco para mirar

la estropeada prenda que parecía un sapo con la boca abierta, le contestó con despreciativa suficiencia:

—¿Eso? . . . ¡eso no es mío! . . . no es nuestro . . .

—Jesús, en cuanto ella se entre, te le vas al humo.

La muchachita se fué, y cuando dejábamos pasar un tiempo prudencial, apareció de nuevo y ¡con la costura!

¡Teníamos para toda la mañana! ¡Si al menos se descompusiese del estómago!

¡Estúpidas pretensiones! Pero, ¿quién me hizo a mí cometer la burrada de hacerme el interesante afirmándole que el botín no era mío? ¡La negra honrilla! Por lo menos nos resta eso, el amor propio, el orgullo del hidalgo de gotera!

—¿Y el empleíto? . . . El seguro almuerzo con mi conterráneo, el almuerzo en el "Suizo".

No me quedaba sino suspirar.

Rodolfo y Horacio, — uno tenía el pie pequeño como el de una dama, el otro sus clásicas chalanas de goma, — habían salido a rebuscarse.

Jesús y yo montamos la guardia.

Un señor pulcro, de zapatos relucientes, se entreparó frente a la ventana y con suma delicadeza y la punta del bastón desplazó el tamango de la vereda.

Menos mal.

De pronto apareció un chico con una botella.

Silbaba despreocupado cuando la vista del botín lo detuvo. Se le acercó, lo movió con un pie y gritó:

—¡Penalt!

Colocó la botella en el suelo, acomodó la víctima en posición estratégica, contó diez pasos y luego de imitar el silbato del juez, lo acometió con un furor de campeón olímpico.

¡Paf! Y el botín se levantó, medio destripado, y fué a parar como a veinte metros.

Un tipo que pasaba se detuvo con cara de "hincha":

—¡Bravo!

Seguro, entreveía un Petrone, un Andrade en el pequeño diletante, y éste se entusiasmó:

¡Paf y ¡paf! y ¡paf! El muchachito era un soberbio *shoteador*.

¡No rompersele el alma!

Por suerte, en una de sus violentas y forzadas parábolas, el botín tomó la dirección de la botella, ésta dejó de existir y el *footballer* se alejó llorando.

Pero . . . continuaba la odisea.

Un perrito, — ¡tan mono! ¡con qué ganas le daba una tomita de estriecinina! — lo atropelló y le metió diente, arrastrándolo, llevándolo, trayéndolo, hasta que se aburrió.

¡Un momento descansó melancólico el pobre!

Y ya una idea terrible atravesó mi cerebro:

—¡El basurero! ¡Señor, que no apareciese el basurero, porque si no, estábamos perdidos!

Era tarde; quizá ya hubiese pasado.

Y lo extraordinario era que teníamos que hacernos los indiferentes, pues aunque las peripecias del caído nos destrozaran el alma, la vecinita, desde su balcón, nos sonreía . . .

Yo me debo haber puesto a soñar con el menú del restaurant cuando Jesús me dispara:

—¡Se lo ha tragao la tierra!

Efectivamente, había desaparecido.

Dos canillitas venían discutiendo.

Uno traía en la mano, como arma contundente, mi zarandeada prenda.

—¡Pegá!

—¡Pegá vos, ranfañoso!

—¡Pegá vos, primero!

Si se comete un crimen, pensaba yo, va a la Comisaría el cuerpo del delito.

Se arreglaron los peleadores y el botín volvió al arroyo.

Ahora, desde más cerca, lo veía irreconocible, gris de tierra, perdida la pátina conseguida con tanta prolijidad!

¿Hasta cuándo duraría aquel martirio?

Nuestra disimulada angustia ya se repartía entre el estado lamentable de mi prenda zapateril y el esfumarse del empleo.

Un ruido apocalíptico nos hizo parar la oreja.

Con rumor de hierros, gris y pesado como un tanque guerrero, avanzaba imponente uno de los modernos carros de la limpieza pública.

—¡Maldición! ¡He ahí la estupidez democrática e igualitaria del progreso! El hombre moderno siempre creando alguna deidad imbécil. ¡La higiene! ¡La caca-reada higiene! ¿Acaso aquí seríamos más felices que en Nápoles, Catania o Constantinopla porque nos lavábamos la cara y teníamos bonitos carros para la basura?

Ahora me llevaban el botín.

¡Qué inacabables segundos!

¡Qué dolorosa espera!

La última esperanza se cimentaba en la negligencia del basurero.

Al fin era un funcionario público . . .

¡Vana ilusión!

Con la punta del látigo, sin inclinarse, lo ensartó y voló de nuevo, ahora a confundirse con la inmundicia.

¡Adiós esperanzas, adiós empleo, adiós almuerzo!

En medio de la desesperación, la historia nos enseña que nunca falta un chispazo genial.

¡Estábamos salvados!

—Jesús, toma un diario, mételo bajo un brazo y sigue los pasos del basurero. Cuando estés a una distancia conveniente o en una vuelta de esquina, le explicas el caso y le reclamas mi propiedad.

Me restregaba las manos.

¡Salvador basurero!

Jesús salió y yo fui a consultar el resto del cosmético y el tizne del primus.

Siquiera hiciese las cosas con cuidado, que no se apercibiese la vecinita.

¡Ahora sí me iba en una disparada, almorzaba, me conseguía la recomendación y me aseguraba el empleo!

* * *

Apareció Jesús sudando.

Me alcanzó el envoltorio.

—¡Hip, hip, hip, hurra!... y lo desenvolví.

—¡Jesús! ¡¡¡Gallego animal!!!

Me había traído una descangallada bota de señora.

MI AMANTE JULIÁN CORONEL

Les aseguro, muchachos, que en esto no hay nada de equívoco y anormal.

Yo conservo mis buenas costumbres morigeradas y, cuando mucho, como nuestro venerable Ricardo Sánchez, me acuso de algún "paso oblicuo de mi virtud", pero muy de tarde en tarde.

En cuanto a Juliancito Coronel y Obes, chico excelente, amigo de todas las horas y poeta sensible que esconde lo mejor, lo creo aún "ancien regime", en la buena senda, esposo lineal y amantísimo de su mujercita y su hogar flamante.

Pero, señor, esos sus ojos oscuros, tiernos, apasionados y elocuentes los he sentido mirándome y su boca que, sin ofenderlo, tiene algo de ventosa de pulpo, y cuando su dueño había oficiado la séptima libación en el cañaveral de Baco, venía a depositar ósculos sonoros sobre nuestras mejillas o nuestras frentes, la he sentido cerrándome picarescamente los ojos, cosquilleándome una oreja, buscándome con urgencia sensual la boca como para comunicarme la infernal llama en que ardía.

Qué quieren ustedes, uno tiene derecho a echar, de vez en vez, su canita al aire...

Sería el caso de ponerse a disertar sobre las malas compañías, pero resulta que las mías eran óptimas y que no procuraban otra finalidad que la de distraerme y divertirme.

En mi último viajecito a París, — ah! París! oh! París! — (la abertura de la boca para estas exclamaciones va en razón directa con el limo de charrúa o de inmigrante que conservamos) y ¡qué quieren ustedes!, cada uno ve a París... como puede.

¡Oh!, ya sé; el mundo está infestado de puritanos, plagado de hipócritas y hay una dosis gruesa de personas serias que van a abrir la boca al Louvre, a aburrirse en la Sorbonne, a cabecear en la Sala Pleyel... Aparte de los bobalicones que les ponen bélicos sitios a las plazas rendidas... al solo olor de los dólares y los pesos.

Yo soy un sujeto anónimo, modesto y sin ambiciones y pretendo me dejen vivir en el "boulevard", en los bares, en las ferias, en los "dancings" y en los "caf-con" y comer en los mercados y acostarme en buena compañía.

Bien; en ese tren y con tal programa no tiene nada de extraño que si no champán de "nouveau riche" o de rastacuero, nosotros libásemos el buen Burdeos sólido, un "coup de blanc" que se volvían una serie, y una si-

drita normanda que unía a sus méritos intrínsecos, el reducido costo y la ventaja de hacernos permanecer más tiempo en torno a las mesas.

En fin, volteábamos también algún Pommery, alguna Veuve Clicquot, que, ¡qué diablos! a París no se va todos los días.

Una de esas noches ágiles, en que uno se siente con alas hasta tal punto que los pies y las piernas torpes se olvidan de su misión de cimientos, habíamos gustado todos los finos y discretos encantos de la civilización, la buena mesa, el buen vino y el buen hablar. Fumábamos — a la altura del *quantrau* — con una media docena de chicas encantadoras en sus sabias desnudeces, que permitíanles lucir más centímetros cuadrados de piel, que una ilustración de la "Vie Parisienne", cuando, en el resplandor de los ojos de una amiga deliciosa, descubrí un húmedo brillo tierno y familiar.

Luego su ancha frente y su pálida faz espiritual, los labios finos, — el inferior ligeramente aborbonado — las manos flacas y nerviosas y ese maldito corte de pelo masculino que da a las féminas un aire de arrapiezo consentido, me representaron con tal evidencia la querida figura de mi amigo que, cuando ella vino a darme un sonoro beso en plena pelada, no me contuve de abrazarla conmovido en la evocación y exclamar:

— ¡Mi querido Julián!

• • • • •

En el proceso lógico de estas simples y naturales relaciones, pasamos a mayores en cuanto al vino, a la confianza y al amor.

Y me imagino las complicaciones y las confusiones inevitables en los transportes, los ímpetus y los desmayos de nuestros combates, mientras se sucedían, se alternaban, se sustituían ante mi imaginación y mi vista la silueta grácil de mi compañera del viaje a Citeres y la pensativa y pálida de mi estimado e inteligente amigo lejano.

Según Pirandello y el respetable filósofo paquidermo don Giovanni Gentile, mi amiga ha sido a momentos ella y a ratos ha dejado de serlo para volverse él; porque las cosas y los seres son en cuanto existen y no existen, sino cuando y porque las concebimos. Un hecho en el cual no creemos se esfuma en la irrealidad, y un sueño se vuelve carne y nos subyuga y nos emociona. Lo pensado es y viceversa. Pues así como lo inexistente vive cuando lo concebimos, lo existente no posee consistencia si no empezamos por definirlo con el cerebro y el alma para volverlo cosa concreta y limitada a través de este débil vehículo de nuestra retina.

No son sólo los ojos los que ven.

Y heme a mí, a la otra mañana, explicándole en mal francés, a mi graciosa y condescendiente compañera, la razón por la cual yo pude en algún momento rechazar-

la, atraerla, conmoverme y sentir en sus besos la pureza de una fraternidad entrañable o la llamada de una afrodisíaca pasión.

La chica, mucho más vestida en pijama que cuando la conocí, fuma y sonríe con un sabio escepticismo de veinte siglos:

—Oui, oui, oui...

Me observa con su airecillo entre comprensivo y pícaro y me acaricia:

—Oh, mon cher! oh, mon cher!...

Le doy razón.

Me tiene lástima porque sé tanta filosofía.

Pero cuando se confía con mi camarada Domingo Candia:

—Ton pauvre ami a pour amant un monsieur que s'appelle Julien Coronel!

Yo me decido a escribir a Montevideo, pidiéndole al interesado que se deje crecer los pelos y la barba para evitar confusiones, pues a mademoiselle Tufú no la he podido convencer de mi inocencia ni de que se ría de Schopenhauer dejándose los cabellos largos.

TANGO CONTRA CHARLESTON

Cuando los focos más grandes del dancing abren de golpe los ojos hinchados, corre un escalofrío por los broncees y se hace profunda la linfa del pavimento encerado.

Con polisoirs misteriosos los reflejos le sacan brillo al rosa de las calvas, al mate de las solapas de los smockings, a las joyas de las mujeres, al estuche pintado de sus hociquillos que esconden los dientes verdes donde se hacen trizas los cristales de la luz.

Una fórmula mágica de piedras preciosas se vacía en las copas. El topacio del champán, el rubí de los cocktails, la esmeralda del piperment, los bloques de descolorido berilo del agua, dan envidia a la industria alemana de la anilina.

Los mozos se deslizan como anguilas, lanzando entre el agua de humo de los cigarrillos un irisado bouquet de vasos y botellas.

Las mesitas ágiles van hasta la puerta del salón y atrapan parejas; entre sus picoteos, las miradas se sorprenden de ver surgir como hongos en el cuadrilongo de los

manteles, argentinos baldes sudorosos, de los cuales surge una botella neurálgica con la cabeza envuelta en una servilleta.

Algunas parejas vienen destornillando las piernas.

Unos dedos bailan sobre una mesa.

Una cucharita nerviosa pasodoblea impaciente.

Tras el tac de un conmutador salta con reflejos agresivos de flora clínica, el monstruo del jazz-band.

Sobre la panza del bombo, una leyenda:

THE AMERICAN BOYS

está falsificando pasaportes.

Colgantes, en posturas de ahorcados, de ropas a secar, los instrumentos ofrecen su aspecto grotesco. Bocas, narices por donde el rumoroso animal va a bufar sus emociones negras y su clownería virtuosa, en la cual un público de cine desenreda truculentos films, raptos, detectives, farwest, lazos argentinos y pantalones mexicanos.

Elsa, la bailarina, flor y banderilla, pasa desafiante de juventud. Atrás, el figurín del bailarín profesional parece despegado de una estilización de reclame de sastre inglés.

El jazz viene a barrer el recuerdo de la orquesta típica.

La noche antes

GRAND TANGÓ

se había dedicado a la danza sudamericana.

El salón estaba atorado de concurrencia y cuando las silbantes serpientes melancólicas desembocaron ondulando de las cajas de los violines, y el tufo lánguido del bandoneón le dió cocaína a los sentidos, Elsa se contoneaba, gemía, arrastrando como un fleco la desesperación sensual del tango.

El público se desnudó en lágrimas como una hembra histérica.

Conmoveror espectáculo.

El champán se encogió como una sensitiva y por las ventanas metió la CAÑA su largo, vertebral pescuezo amarillo.

El director intuyó el déficit y con una firma — de rescisión de contrato — pinchó el vientre de odre del bandoneón y degolló a todos los violines.

Por eso ahora el jazz se contorsionaba todo, desatando el escándalo de un charleston, mientras el hombre afónico del megáfono vociferaba.

El maelstron de la danza envolvió a todo.

Giraban, sacudíanse, meneábanse en huracán demencia.

te seres y cosas; temblaba el líquido de la copas, las luces hacían guiños y se esperaba que con el arreciar del vendabal las mesas y las sillas se provocarían un esófago fuera de sitio o un riñón móvil.

Los hombres temblequeaban como títeres.

Las muchachas hacían manteca.

Espantaban las moscas con las melenas.

Desesperaban escalofríos y epílogos de ojos en blanco inacabables.

Los senos, los muslos, los brazos, las nalgas, giraban cada uno por su cuenta como ruedas inversas de fuegos de artificio.

¡Victoria del jazz!

* * *

Llegaba el número de Elsa.

En el camarín, mientras se vestía y se armaba de un gran ramo de rosas, ella temblaba.

¿Bailaría con aquella horrible música estrafalaria?

¡Sí! gritó como un desafío.

Saltó, pantera de luz, ágil, elástica, alada!

El jazz, como un calamar, se ocultaba en su música negra.

La sala le pulverizó indiferencia.

Tosía el bombo, los platillos chocaban sus panzas de

metal, disparaban en huída loca las castañuelas y el saxofón, el clarinete deforme, todos aquellos instrumentos bufos estiraban sus largos cuellos de bichos antediluvianos.

¡Con qué laxa desesperación Elsa se dió cuerda!

Las olas de la música absurda la aventaban como una paja.

Una impresión subitánea la hizo mimar los instrumentos para superarlos.

Se volvió bombo, pandereta, saxofón, triángulo, matraca, pistón.

Metía y sacaba el cuello, escondía un ojo, desmesuraba la lengua y bocineaba, vuelta megáfono:

—Puf-naif-tam-pim-fum!

La notaron.

Hizo gracia.

Se excitó, se superó, creció.

El jazz, temeroso, desencadenó sus elementos, cañoneó todas sus reservas.

Era tarde.

Elsa brincaba, saltaba, chillaba, arrojaba flores, tiraba besos, gritaba endemoniada.

El público se apasionó.

—¡Ooooh!

El jazz quiso cerrar la red, envolver todo exasperadamente como una tromba marina.

La bailarina frenética, le contestó arrancándose telas y gasas y sedas y saltó desnuda, felina, como una joya de un estuche!

Se hizo larga en una sabia cadencia de tango.

Herida de sensualismo, se arrastró chorreando voluptuosidad!

Las miradas, como una lengua en un bombón, la acariciaron despacito y el entusiasmo se hizo agudo tal un puñal que se clavó en la entraña del jazz.

* * *

El tango, con el aire malevo y el chambergo sobre los ojos, sonreía a los practicantes auscultando al jazz que yacía con toda la tripería niquelada al aire.

LE P H I S I Q U E D U R O L
 O
 EL POETA CENTROAMERICANO

—¿Vd. habrá oído hablar del rasero nivelador de la democracia?

—.....

—¿De las cabezas que se deben cortar cuando sobresalen sobre la multitud amorfa?

—¿Es algo de la Rusia del Soviet?

—No, señor, son tonterías.

—Ah!

—Sí, ni más ni menos. Qué igualdad ni qué ocho cuartos. Qué derechos ni qué deberes, ni qué niños envueltos. La gente charla y escribe porque para eso somos el animal político sobre dos patas y... con pluma, pero no hace más que "arrimar brasas pa su asau".

El ideal sería la igualdad absoluta, por lo menos en el aspecto, en lo exterior, que luego las personas listas,—nosotros en criollo decimos "vivos" y es más lindo,—

ya se hacen diferenciar con las jerarquías y las pensiones. . .

—Y ¿qué pretende usted? ¿una pensión?

—No, señor, yo — paradójicamente — para evitar confusiones, quiero que todos seamos iguales. Reclamo la restitución efectiva de los valores. La relación absoluta entre el continente y el contenido. La damajuana de vino. El barril de caña. El hombre grave con su pera solemne. La persona distinguida con los guantes, el monóculo y las polainas blancas. . . ¿Me comprende?

—

—Pero, ¿cree usted posible vivir en un mundo donde un sujeto de dos metros de alto y con unos puños de boxeador, venda puntillas para calzones de señoritas; dónde existe un rey de 1 m. 50 escasos y un Presidente de República como un bocoy o con una verruga en la nariz?

Bien se afirma que la ficción y lo absurdo son, paradójicamente, lo real y lo lógico. ¿No se ponían los héroes del teatro griego máscaras impresionantes con gestos trágicos, hilares o sublimes? ¿No crecían imponentes con sus coturnos? ¿No ahuecaban en sonoros o cavernosos registros el tono de la voz?

Pues, mi querido amigo, ese es el remedio.

Una evolución inteligente nos llevará a la máscara y nuestro Gobierno, ese laboratorio dinámico, esa cone-

jera de proyectos, ese hervor de soles en agraz, espero sea el iniciador de la novedosa reforma.

Una fábrica oficial de caretas y una comisión, bien rentada se entiende, permitirían el uso de las respectivas máscaras y encargarían a preparados pintores, escultores y artesanos en cemento, a adaptar los hombres a sus ocupaciones.

No existen suficientes rostros napoleónicos o franciscanos como lo exigen las circunstancias, ni caras duras refractarias al fuego interno de las almas, ni faces de grandes estadistas adaptables a los nuestros.

La solución es confeccionarlas. Y vea cómo, la inteligencia y el arte, contribuirán a valorizar un pueblo.

Y no se haga nadie la ilusión de poder usar a troche y moche y con fines bastardos los rostros de repuesto.

No, señor, hay que adquirir el derecho a la cosa, y si en los cambalaches, como epílogo de unas elecciones políticas, pululan los artículos: "Gestos auténticos de padres de la patria". "Cara dura Ministro, véndese a plazos". "Resistente faz anciano jubilable. Adaptadísima cesante pretendiente Consejo, Directorio" . . . no los adquirirá cualquiera para andarse pavoneando por ahí, ¿entiende?

Se corregirá a la Naturaleza. . .

—

—¿Vd. me observa que a un pedazo de gagnápiro

que por un enjuague u otro jeringamiento va a ocupar el empleo de diputado nacional se le puede caer la cara postiza? No, no se le caerá nada, y eso es lo que intentamos, cubrir las apariencias o las orejas del burro de la fábula. Luego se realiza de inmediato y maravillosamente la adaptación del órgano a la función. Empleados de la Caja Nacional de Ahorros y Descuentos me han confirmado que no han visto jamás titubear a uno, a uno solo, frente a la ventanilla, y piense que esa es una de las ocupaciones básicas del cargo. Todos se sienten bien donde están. . .

Así se acabarán las confusiones.

¿Es posible que por encontrarlo de frac al senador X lo deba confundir con un mozo de café? ¿Cree viable la continuación de la actividad del publicista A con esa cara de asno afligido que gasta? Y yo, yo mismo, dígame, tengo la facie de lo que—hablando en plata—soy?

¡Ay, yo soy una víctima de mi físico!

Si no tiene mucho que hacer le voy a contar dos historias, la de don Patricio Roche, sintética, y la mía, bastante breve, pese a lo que pudiera deducir del prólogo.

Don Patricio es una persona respetable que conocí en mi pueblo. Contrastes de fortuna sacaron a mi maduro amigo, — debe andarle pisando a los setenta años, — de la tranquilidad departamental del Salto para

arrojarlo a la vorágine febril de Buenos Aires. El hombre necesitaba hallar una ocupación y dale a internarse por el espinoso matorral de avisos de "La Prensa". Encontró algo: "Hombre enérgico, 40 años, fuerte, recibir ganado tablada, se necesita." Don Patricio suspiró. Tras su gran barba cándida y apostólica se angustiaba el fresco cutis rosa de su sana raza irlandesa. ¡40 años! ¡cuán lejanos, ay! Pues, amigo, a grandes males. . . : Fué a una peluquería, se rasuró, se ebanizó los cabellos y consiguió el trabajo!

Se lo cuento escuetamente, sin melodramaticidad. Y pasemos a mí.

Vd. sabe que yo soy viajante de comercio, corredor y comisionista. ¡Cae cada asunto! Tontos, tristes, sucios a veces, pero no en el sentido de dolosos, sino, vamos, feos. . . Una vez — se hace de todo — un señor, lleno de iniciativas, me escribió desde Barriga Negra. Había concebido un proyecto extraordinario: la limpieza pública y de los pozos negros de treinta y cinco pueblos y ciudades del interior, utilizando los residuos para abonos químicos y no sé qué otras aplicaciones. Un negocio ligeramente perfumado. . . En los departamentos no hay cloacas y con el apoyo de un Ministro de Obras Públicas y el asegurarse la venta de los productos y subproductos la empresa marcharía.

Así como así, era una sociedad de cientos de miles de pesos.

Se iba a construir una gran usina matriz con hornos incineradores, laboratorio y talleres.

Bueno, amigo, ¿sabe por qué falló el proyecto? Por el físico, por mi maldito físico... Yo no sé cuál se necesitaría para ese oficio; pero continuó.

El capitalista, un mozo que había heredado una enorme fortuna y me supuse había oído el buen negocio, me citó a un café de la Avenida.

Juan Carlos Romero de Torres.

El nombre me parecía haberlo oído.

Con los datos me dirigí a la mesa donde un señor, ante un imperial, fumaba un habano.

Era un personaje imponente, rojo, obeso, enorme y que, desde mi llegada, empezó a sonreír y a mirarme con cierta picardía.

Me ofreció cerveza, me alcanzó un cigarro exquisito y, tras las generalidades de la mutua presentación, me fuí al grano.

Mi oyente acentuó su sonrisa.

Yo lo clasifiqué: es un hombre festivo, de esos que aunque nos vengan a dar un pésame están desbordando alegría.

Parece que mis datos le hacían gracia.

Se divertía enormemente.

Me guiñaba un ojo.

Me deslizaba un chiste.

Tras una ironía, me tiró un manotón por sobre la mesa.

Yo supuse: estará borracho...

Pero cuando desenfundé mis papeles y documentos, lo vi haciendo un esfuerzo para guardar compostura,—jal fin!—invitándome, condescendiente y benévolo:

—Lea, soy todo oídos.

Áridos guarismos, le respondí, y enumeré: 40 pueblos y ciudades; 100 carros barométricos; 10 bombas aspiradoras que se podrán trasladar, pues serán montadas sobre chasis Ford... La usina central, el laboratorio... Con un capital x tendríamos un rendimiento...

Me soltó una gran carcajada.

Entre ahogos me gritó:

—¡Qué chichoneada!

Yo estaba pasmado; él agregaba, temblando todo en su acceso de hilaridad:

—¡Rico tipo! ¡Qué riquísimo tipo!

—¡Pero, señor!

—Y todavía insiste, qué fenómeno! qué comediantes! ni Casaux! y lo hace bien!

Yo no salía de mi asombro.

Me tiró, con el dedo, una estocada al vientre, pidió más cigarros e imperiales y me animaba:

—Desenfunde, che; lea, lea, que lo escucho.

Yo intenté volverlo al "affaire".

Y me detuvo, no sin cierta gravedad dentro de la jarana:

—No, che, a mí no me embroma, lo calé en seguida; lea los versos, usted es un poeta.

—¡Yo poeta!

—Poeta, sí, poeta centroamericano.

¡Y cómo reía el hombre feliz!

Yo debo haber adquirido una facha de funeral.

—No se ponga así, pero si no me lee los versos no puedo decir si se los publico.

—Pero, señor Romero de Torres, ¿no habrá un error?

—Basta de farsa, vate amigo; este sport del mecenismo se explica porque yo también hago versos y con esta figura, sabe, prefiero publiquen los otros.

—Lamento mucho, señor! Y en aquel momento me levanté realmente dado a todos los diablos.

Al pasar frente a un espejo me miré con curiosidad. Desde el fondo de la vacía pupila azogada, un tipo inédito, alto, magro, pálido, vestido de negro, con un sombrero aludo que hacía más sombríos los ojos me miraba con tristeza...

Pero, señor, realmente...

¡Qué rabia! ¡Qué cosa más idiota! ¡Un negocio tan lindo!

Iba que bufaba.

En una de esas alguien me tocaba la espalda.

Era Romero de Torres:

—Vd. es un hombre tímido, che, debe ser un emotivo; mándeme las poesías.

—¡!

Seguí al azar.

Sentado en un banco de la Plaza Matriz, reflexionaba, cuando de un taxi salió un medio cuerpo voluminoso, una fresca cara sonriente:

—Se los publico, sabe; me ha caído en gracia... Mándeme eso a mi dirección...

Y hasta que las cosas no se corrijan... Como no puedo engordar ni siquiera mandarme hacer otro traje, me adapto.

—¿Se adapta?

—Sí, qué quiere? me he puesto a hacer versos!

E L F L U I D O K

—Hay días en que las mujeres nos miran. Nos miran con sugestiva curiosidad, con tierna insistencia, casi diré con femenina impertinencia.

—Bah, las eternas Evas.

—No digas generalidades. Piensa que mi observación es la de uno no favorecido por las féminas y no hace otra cosa que constatar la existencia de un fenómeno. Analicémoslo. ¿Qué diablos tenemos nosotros ese día? ¿o qué demonios tienen ellas en el cuerpo?

—Averígüelo Vargas.

—Tentaciones de hacerlo no me faltan, pero me quedo en el prolegómeno, en la mirada, en la sonrisa, pasaporte de la poesía que la timidez transforma en mueca, haciéndole perder su eficacia.

—¿Será ese el momento psicológico de la conquista?

—La hora del abandono...

—.....

—Los síntomas son singulares. Ese día yo creo que polarizamos una cantidad de potencia centrífuga volviéndonos una especie de centro magnético que hace temblar todas las agujas sensibles de los aparatos...

—¿Los aparatos son las mujeres?

—... Eso es... que pasan dentro de nuestro radio. Pero como la emanación potencial es continua y sin control, se dispersa una enorme cantidad de flúido cuya influencia es nula para nosotros.

—¿Para nosotros?

—Sí, porque otros receptáculos o generadores — insectos, mujeres, árboles, animales, — lo captan, lo almacenan y disponen de él para sus menesteres, como pueden hacerlo con sus linfas, grasas o jugos gástricos.

—Lo que es una arbitrariedad.

—Y un abuso.

—Tienes razón.

—Me sobra. Dime tú si es lógico y siquiera decente que la ciudadana X vuelva a la tienda propicia y que sale a comprar, — pongamos por caso, — y sin soñarlo, recoge tu flúido que la va a preparar para que el dependiente de la tienda halle un puente levadizo para introducirse, casi subrepticamente, en el castillo de su corazón. Y puede concluir tal conquista utilizando $\frac{2}{3}$ de flúido propio, mientras la ciudadana te ha hurtado a ti $\frac{1}{3}$ de emanación dionisiaca, llamémosla así.

—Creo que no hay que preocuparse por tales sutilezas. Eso no altera la marcha del mundo. Al contrario, considero que la enaceita, reconociendo una sabiduría y una armonía inmanente donde nada se pier-

de... Y me imagino la alegre sorpresa de algún viejo verde a quien, de improviso, la convergencia de unos cuantos adarves de flúido le dan la florida ilusión de sentirse hombre de armas tomar.

—Hombre, no seas absurdo, la sociedad exige otras preocupaciones.

—¿Vas a legislar sobre lo imponderable?

—Te voy a exponer un ejemplo concreto. Tomemos el dinero que va, viene, rueda — como dijo el otro — y desde tiempos inmemoriales sirve para las transacciones de todo tipo y calibre. Bueno, al dinero nadie se lo come y ya en una caja o un bolsillo continúa desempeñando su misión corruptora y anárquica... Pero si a ti te sustraen cinco pesos, pones el grito en el cielo y una denuncia en la comisaría... Significa esto, que fuera del valor social los vintenes son una propiedad particular.

—¡Si me han robado a mí!

—Pues, ¿y a mí no me roban análogamente? Y piensa — y aquí está la eficacia de mi ejemplo — que mi flúido lo genero yo; es mi ámbar, es mi perla, y yo, exclusivamente, debo hacer uso o abuso de él.

* * *

Un mes más tarde mi amigo, el estudioso, perora:

—La ciencia nos está sorprendiendo todos los días

con la extracción del ozono y otros elementos del aire, con los rayos en haz para las comunicaciones inalámbricas, con la fotografía a distancia o el manejo de las ondas sonoras... ¿Qué diablos hacen los sabios que no aíslan, identifican, estudian y valorizan mi flúido, el flúido K como se me ha ocurrido bautizarlo?

Yo llevo algo adelantado y voy a tomar la precaución de sacar patente de invención para el procedimiento de extraerlo. Entonces protegeremos nuestra propiedad y no nos la dejaremos captar o sustraer por cualquiera.

Tú podrás manejar "a piacere" tus emanaciones, las harás converger sobre una determinada persona, recabando todo su resultado y hasta venderás unas onzas si te sobran.

Ya sabes sobre qué centros nerviosos ejerce su influencia y piensa lo interesante que sería para los que se van a casar o efectúan un viaje de bodas legítimo o falsificado llevarse entre su equipaje unos comprimidos o unos tubitos de suero K inyectable.

Para entonces me reservo mi revancha de hombre tímido y falto de fortuna con las mujeres, sin perjuicio de que, como yo manejaré los títeres reservándome la presidencia del directorio de la sociedad...

—¿Qué sociedad?

—Hombre, vamos a formar una "Flúido K Corpo-

ration Limited", para la más compleja utilización y explotación del producto. Ya planeo el monopolio de lo que se pierde en conventos, congregaciones y sociedades de Hijas de María, cuarteles, etc., y me propongo regularizar higiénicamente las funciones aliándome al feminismo y al Ejército de Salvación.

Terminaremos con muchas enfermedades, serviremos de válvula de escape a infinidad de poetisas, regularizaremos la vuelta al hogar de los niños que saltan los balcones y simplificaremos las relaciones entre ambos sexos. Impediremos abusos, conquistas arbitrarias y donjuanismos imperialistas y absorbentes, pues desarrollaremos fuerzas refractarias y crearemos vacunas inmunizadoras.

—Hombre, te vas a hacer rico.

—Me río de las riquezas. Yo persigo la armonía universal con esa base. Alguien ha dicho que el motor del mundo se alimenta con las manzanas de Eva. Muy bien, yo lo voy a lubricar.

* * *

—¿Y?

—Ya he aislado el flúido. Trabajo un poco a ciegas. Estoy hundido hasta el cuello en el misterio. Aun no lo puedo concentrar y dirigir. Esperemos que enfrene las oscuras y rebeldes potencias.

Mi amigo, entusiasta y lírico, es admirable hasta haciendo frases.

Le auguro éxito.

* * *

Pasan unos meses. Lo descubro en un banco de la Plaza Matriz. Curvo, el mentón en la mano, en la actitud de "El Pensador".

Le palmeo la espalda.

Alza la faz aviejada, donde una red de arrugas marcan mil preocupaciones y me cuenta espantado:

—Horror! El encanalamiento de las ondas se me ha desviado!...

—¿Y?

—Y... imagínate, el coronel López, don Gonzalo Parrabere y Monseñor Aragone se han enamorado de mí!!!

BALZARETA, FORWARD DERECHO

No me explico aún cómo, después de sus dos años de repetidor en la tercera, Balzareta pudo pasar a la cuarta clase.

Era de suponerse que Qinteritos le había preparado los exámenes.

Sí, lo probaba el ver a éste de compañero de su banca y gozando el privilegio de participar, en los recreos, en todos los juegos de los más importantes y más crecidos muchachos de la escuela.

La alianza era lógica y hasta necesaria.

El vasco Balzareta, taita del colegio, cacique del patio, capitán de las guerrillas en el Lazareto, en las cuales nos rompíamos el "mate", a pedrada limpia con los discípulos del Instituto o de la escuela de los curas..., el vasco, era la fuerza.

Qinteritos, tan pequeño, tan débil, que en los partidos de pelota se fatigaba de inmediato, angustiado con su respirar afanoso que le hacía saltar más los grandes ojos tristes..., Qinteritos, era la inteligencia.

Por eso, para estudiar estaba éste, siempre inclinado

sobre textos o deberes, con el descolorido pelo lacio y ralo cayéndole sobre la frente... Balzaretta demasiado que hacer tenía con sus libros, el de hojillas de papel de fumar y los folletos pornográficos, estúpidos y groseros, que enturbiaban su adolescencia.

El representante de la fuerza copiaba problemas y composiciones y luego aun se los debía corregir, y esto, según él, porque no quería tener un disgusto con el maestro, a quien, entre ellos, amenazara:

—El día que me mande en penitencia atrás del pizarrón, se lo pongo de sombrero y lo echo a la tapu que lo riópa.

Quinteritos debía preocuparse de evitar aquel incidente... y él le dispensaba su protección y le ofrecía sus sucios álbumes:

—Aprendé lo q'es el mundo, bobeta, despabilate un poco.

A su compañero de banca le pesaba un tanto su cýranesca función, pero no se resolvía a escabullírsele y dejarlo sin lazarillo en medio de un lío histórico, matemático o gramatical.

La cosa se presentó inesperadamente y la culpa la tuvo el mismo interesado que, por no conocer las materias ni por el forro, se empantanó en un *quid-pro-quo* de comedia.

El maestro, severo y grave, que llamaba la atención

de los discípulos con sonoros golpes de regla sobre el indefenso pupitre, disertaba sobre historia americana cuando se le ocurrió probar la preparación que al respecto poseía el vasco:

—Balzaretta, hábleme del descubrimiento y conquista del Paraguay...

El aludido se puso de pie, corrió la vista por los mapas y los carteles de las paredes y empezó:

—El Paraguay fué descubierto en el año... y, en voz baja:—Soplame, pues, Quinteros.

El estudioso le dictó una fecha y con el aire más inocente del mundo comenzó a apuntarle la lección que el papagayo había de repetir:

—Alvar Núñez...

—Alvar Núñez...

—Cabeza de Vaca, creyendo encontrar un camino...

Balzaretta se detuvo en seco en aquella parte del organismo del rumiante...

—Cabeza de Vaca, insistía el sugeridor.

El otro, tras un momento de indecisión, lo interpretó como una titeada y le bufó:

—¡Tu madre!, intentando desmayarlo de un puñetazo.

El agredido escapó e intervino el maestro:

—¿Qué es eso?!

—Éste que está embromando! haciéndome equivocar.

—Continúe la lección.

—Este...

—Pase atrás del pizarrón.

Había que sostener la palabra:

—No paso.

—Pues entonces, ¡váyase de la clase!

Y el vasco salió sin sombrero, colorado, furibundo.

Se apostó a esperar al desgraciado, a quien le iba a "romper el alma".

Se necesitó la mediación de una cantidad de condiscípulos que explicaron al compañero, ayuno de historia, la buena fe del que soplabla y la exactitud del singular apellido del adelantado español.

* * *

Balzareta no volvió más a la escuela.

Se dedicó al sport y allí distinguióse entre los primeros.

En la carrera, el salto, el arrojito del disco, no tuvo competidor.

Fuerte, elástico, veloz, era un tipo de atleta de músculos de acero, de resistencia indomable que se adecuaba a su hermosa figura, a su amplio pecho, a su cabeza romana de frente estrecha.

El "mens sana"... lo envió a Montevideo, y de allá, con el eco de sus triunfos, vinieron sus bonitos retratos en los diarios.

Quinteritos se consumía la salud con los libros.

Soñaba conseguirse un título profesional.

Ambicionaba ser un escritor.

Un día pudo marcharse a la metrópoli.

.....
No encontraba una ocupación para ayudarse a vivir. Poseía pocos recursos defensivos para la convivencia en la jungla literaria.

Hombre, allí también parece se necesitaba fuerza.

Él no disponía sino de las espirituales...

Iba a renunciar, a volver a la gris monotonía departamental.

Desesperanzado, sin recursos, pensando regresar a pie a su pueblo, una tarde meditaba en la Plaza Cagancha, cuando un hombrón casi lo sofoca con un formidable abrazo:

—¡Quinteritos!

—¡Vasco!

Balzareta, oliendo a vino, masticando un puro,—volvía de un banquete,—se le reía en la cara...

—Pero, ¿qué tenés? ¿Saliste del hospital? ¡Qué rico tipo! Me dijeron que escribís en los diarios... ¡Vos no eras zonzo! ¿Te acordás de aquello de Barriga de Vaca? Pucha, me habías hecho agarrar un estrilo bárbaro! Si no vienen todos los otros, te mato! Venime a ver, a tomar mate...

Y, sin aguardar respuesta, se alejó con su tropilla de compinches.

* * *

¡Balzaretta!

Ese nombre era un símbolo, un programa, un pasaporte.

Balzaretta le dió una tarjeta para un voluminoso personaje político:

—Escribila vos.

—¿Cómo!

—Sí, metele lo que quieras; yo le telefono al doctor... Me hacen un caso bárbaro, me hacen. Me quieren, che. Soy el mejor forward derecho, que te crés!

* * *

Balzaretta brillaba como un astro.

Las niñas le pedían autógrafos y le hacían firmar pensamientos en sus fotografías.

Los hinchas lo acompañaban en auto los domingos y berreaban:

—¡Viva el mejor puntero'el mundo!

Hasta "le sacaron" versos.

Fué a París a las Olimpiadas.

Su efigie apareció en todos los diarios y revistas. Al-

gunas empresas le pagaban para conseguir mejores poses y él adquiría unos aires fotogénicos que despepitaban a las admiradoras, por lo cual habían de no perderle pisada y cerrarlo con llave a las nueve de la noche...

* * *

Quinteritos tenía su empleo.

Le dieron la jornada libre para ir a recibir a su amigo y a los demás campeones el glorioso día que pusieron los laureados pies sobre la patria, al regreso de su actuación triunfal.

El antiguo condiscípulo, asfixiado entre la multitud delirante que agitaba sombreros, pañuelos y banderas en la dársena, también se descubrió y gritó:

—¡Vivan los campeones! ¡Viva Balzaretta! ¡Viva la Patria!

Creyó que con aquello estaba cumplido, pero sufrió un serio disgusto.

El vasco había ido al teatro a uno de los recitales de Berta Singermann y, según él — fué "al cuete no-más" — pero cuando sintió la "Oda heroica a Isabelino Gradín", de Juan Parra del Riego, se congestionó, se mor-dió de rabia:

—El desgraciau! Haga usté favores!

—Qué, Balzaretta? Qué? Se preocupaba su "barra".

—Nada, me acordé di una cosa...

* * *

Al otro día un portero le avisó a Quinteros que lo llamaban al teléfono.

—Ola, sos vos?... Qué lindo papel, eh? Muy bien, pa eso sos amigo!

—Pero, qué? vasco... si no te explicas...

—Cómo no te v-i-a-armar pamento... No es pa menos... el otro, el Parra ese, el Riego, le hace cosas pa el negro Gradín y las dicen en el teatro!... Y qué? es más que yo el muyinga? Y después del servicio que t'hecho? Mirá, haceme en seguida un soneto, pero que sea más largo que el de Isabelino, porque sino soy capaz de hacerte quitar el empleo!

Acordate: Balzaretta, forward derecho.

Y cerró la comunicación.

LA MASCOTA DE LA HONORABLE CÁMARA DE DIPUTADOS

La gente avisada tal vez sonría de lo que considerará expediente "más viejo que andar a pie", de "los papeles encontrados... el amarillo manuscrito yacente en un cajón"... , etc., creyendo hijo de mi fantasía al señor José Luis Morenti, el cual me envía este cuento amadrinado con una epístola amabilísima, entre cuyos párrafos, elegantes y armoniosos, me desliza, optimista y confiado: "no dudo de su solidaridad gremial y tengo la convicción de que si usted encuentra valores positivos en mi narración, pondrá de su parte — como supongo será moneda corriente en el mundo literario — toda su buena voluntad para que sea publicada. Con respecto a la compensación, mis pretensiones son modestas y no exijo más que los honorarios habituales, los precios de plaza, como diríamos comercialmente."

Antes de irnos al grano del asunto, es necesario hacer una digresión:

¡Qué poeta debe ser este señor Morenti y, sobre todo, qué iluso! ¡Y cómo se ve que desconoce en absoluto

las costumbres comerciales del mercado! Aquí los literatos somos de un desinterés único y, agravada por el amor al arte, llevamos nuestra caballeresca hidalguía a dar valor concreto y efectivo a unas "gracias" o hasta a un gruñido con intenciones de tal que, desde su imponente escritorio ministro, nos bufa el Mussolini administrador del diario.

Aquí los únicos que viven de la pluma son los que fabrican cubrepies o almohadones...

Y volvamos a la composición, que posee, en efecto, algunos méritos y cierto humorismo departamental, que significa una originalidad y una promesa de reacción saludable en la unánime lamentosidad de nuestros jóvenes.

Se puede constatar la existencia de una imaginación viva y se entrelinea el muy edificante concepto de no solidarizarse — como muy bien lo ha hecho en análoga oportunidad el novelista señor Manuel Gálvez — con los despropósitos o las exuberancias de los personajes fantásticos.

Esa es una manera nueva y digna de elogio de permanecer "au dessus de la mêlée littéraire", como — aunque con otras frases — lo mandaba ese orfebre de la prosa que nos regaló "La Education Sentimental".

Ignoro hasta qué punto ese mezclar la realidad con la ficción, de que da prueba "La mascota de la honorable Cámara de Diputados", puede ser admisible.

Confío en que, dada la cultura, la elevación y la amplitud de nuestro medio, eso será recibido con la sonrisa de tolerancia y superioridad que nos caracteriza.

Yo declaro apadrinar al joven Morenti en esto de influir para que dé a luz sus elucubraciones; pero, siguiendo su ejemplo, me desintereso de lo que no tenga estricta atinencia con las musas.

Hay en el argumento un conato, una chirinada, diríamos en criollo, de buena intención; por eso ruego al señor Director se sirva acoger este meritorio esfuerzo en las columnas de su importante diario y suplico al respetable público lector que, al ser — dentro de la justicia — benevolente con un literato novel, continúe animado siempre de esa caliente simpatía que se ha dignado dispensar a nuestras modestas, pero apreciables Letras Nacionales.

Nota del Autor.

Don Melitón Pringles, siendo sargento de policía en Santo Tomás de Aquino, departamento de Canelones, a raíz de la muerte de un su tío abuelo, recibió una casa en herencia y resolvió renunciar a sus beneméritas funciones.

Se vino a Montevideo a vivir de la "rentita".

Era un hombre serio, ponderado y metódico.

Tenía en el gran concepto que merece el sentido de autoridad, la jerarquía y el orden.

Era cumplido y grave.

Cuando se sentaba en el tranvía, en el cine o en un banco acogedor de la Avenida 18, no olvidaba el saludar a los vecinos.

Una preferencia de vestidos claros, tonos desleídos —rosillo, lobuno, bayo porcelana— una galera color café y un bastón con puño de plata, le daban un aspecto antiguo y distinguido.

Completaba su figura una pera un tanto rala, entre la de coronel —de cuando estos se hacían “a dedo” — y la de esos retóricos italianos dueños de un almacén y que, en estío, toman el fresco, en camiseta, frente a sus comercios.

Con esas características y sus ideas era casi un corolario su asistencia y su consecuencia a la barra de la Cámara de Diputados.

La misma sensación de tranquilidad, de cosa bien disciplinada que gozaba en la Plaza Constitución, sentado frente al Club Uruguay, viendo desenredarse la dinámica teoría de automóviles, de buses y de tranvías sobre el linoleum sordo de la calle; la misma armonía que constataba en 18 y Andes, donde el tráfico giraba imantado por la macanita blanca y firuleteante de un varita esteta, la experimentaba en las sesiones solemnes de la Casa de la Ley y él lo repetía así, como se dice “Maison de Blanc”, “Local de la Lata”, etc.

Desde la campanilla del Presidente o la voz de los secretarios, hasta los:

—Hago moción por que se dé el punto por suficientemente discutido, o

—Los señores por la afirmativa que se sirvan levantar el dedo . . . , hasta los discursos frondosos, turísticos o eruditos de los padres de la patria, para él obedecían a una ley, que movía con precisión, exactitud y economía (éste es un tropo . . . o ¡questo é troppo!) el mecanismo democrático de la entera República.

Don Melitón Pringles encontró allí, pues, su puesto. O el puesto encontró el hombre. Teoría equivalente a “la de los más aptos”.

Es así.

Se crea la Cámara, se busca el edificio o se lo manda construir, —previo concurso y empréstito consiguiente, — se le amuebla con lechosas (de lecho) poltronas y se reserva un rinconcito para el Pueblo y dentro de éste, un sitio para los don Melitones Pringles.

Las cosas del mundo, decía el otro, serán siempre así. . . Yo sostengo que las cosas del mundo están bien hechas y que hay un determinismo, divina providencia o fatalidad que mata a un tío abuelo de un sargento de policía de Santo Tomás de Aquino, departamento de Canelones, éste (el funcionario) se viene a vivir a la metrópoli y descubre que en un rincón de la barra del Parlamento su ubicación lo espera.

Y allí viene él a inscrustarse en sus funciones de pueblo, de observador y de hombre criterioso, lento de ideas y de resoluciones, y moderado.

Él reúne en sí todos los elementos de un buen espectador o asistente a esas reuniones formulísticas, anquilosadas y transcendentales y es de los que no vociferan, no se exaltan, no agreden con carcajadas populacheras, ni se dejan arrebatar por impulsos intempestivos.

Nuestro héroe aprueba con un leve movimiento de su cabeza ennoblecida por una calvicie avanzada, con un gesto, con una sonrisa que, si no fuera por nuestros arraigados principios republicanos, calificaríamos de aristocrática.

Él, — y esto lo honra, — no se ha sentido nunca opositor y su tolerancia bien educada aprueba hoy al blanco y mañana al colorado, esta tarde al obrerista Carnelli y la otra al católico Antuña, porque todos, todos son uno y lo mismo... a través de su prisma patriótico y desinteresado...

Tan es así, que cuando esos movimientos descompuestos de la masa obligan a la Presidencia a adoptar la extrema y ejemplarizadora medida del desalojo de la barra, los señores legisladores y los conserjes se enternecen constatando la manera digna y austera con que Pringles pone en acto su anuencia y su obediencia de ciudadano probo y rebosante de buen sentido.

Como a él se le han hecho una necesidad las sesiones

de la Cámara, se dijera que él también se ha vuelto allí algo imprescindible.

Los señores Representantes, cuando van a ocupar su escaño, le dirigen una mirada; no falta quien lo salude y por momentos se espera que un diputado inicie así su peroración:

—Señor Presidente, ilustres colegas, eximio don Melitón...

Él pasa de una a otra legislatura como una herencia y se justifica que el espíritu humano, explicablemente débil y supersticioso en algunas personas, considere de buen augurio encontrarlo cuando entra en Cámara o mirarlo — como quien toca fierro — cuando va a fundar algún pedido de pensión graciable...

Pringles posee una memoria asombrosa y, descubierta esto, ha empezado a prestar señalados servicios al Parlamento.

Él sabe cuando se presentó u aprobó una u otra ley. Conoce el monto de la pensión de los ex Roberto Mibelli o Carlos A. Berro, etc., etc. Recuerda quiénes votaron sí o no y hasta los "astensos" de algún debate memorable...

Y sucede que, antes de ir a consultar el "Diario de Sesiones", se recurre a nuestro espectador, procedimiento infalible, simple y práctico.

Pringles se vuelve también una institución por su

decanato en los 25 años y pico largo de barrista, en los cuales se codeara — salvo la separación de la barandilla, — con tres generaciones de padres de la patria.

Hay que verlo evocar el pico de oro de Alberto Palomeque, la dialéctica de Angel Floro Costa, la financieridad de don Aureliano, la profusión florida y castiza de Carlos Roxlo, las agachadas irónico-abrasileradas de don Duvimioso o el silencio duro de don Justo R. Pelayo.

Se explica que don Melitón adquiriera en nuestro pequeño medio el relieve de una personalidad y que los diputados no “bochados” lo indiquen con veneración y con el dedo, a los novicios silvestres y departamentales.

Pero lo importante de la historia es nuestro otrora sargento.

Estos últimos tiempos él empezó a inquietarse, a descentrarse.

Esa desatada inclinación a rusificarnos, de los diputados bolchevizantes, ese confusionismo de la división de nuestros partidos tradicionales, “tan lindos en los tiempos en que no había vuelta que darle, o se era blanco o se era colorado”... Edad de oro de la tradición sin rabanitos ni alcachofas, sin calepinos ni socializantes... Eso y, no en menor parte, el asunto de las jubilaciones, pensiones, bonificaciones y otras abusaciones, le habían amargado la vida.

El hombre, y — sin meterme en el berenjenal de comprometer opinión, me palpita que no anda desacertado, — afirmaba:

—Tales irreflexivas larguezas comprometerán las finanzas y el crédito del país.

Y, disimulen lo exagerado de su expresión:

—¡Están tirando la plata a la calle!

Reacción excepcional, momento culminante de su actuación, en una de las sesiones se permitió murmurar para su pera:

—No apoyado.

¿Se dan cuenta? exclamó: *¡no apoyado!* (Subraye, compañero linotipista).

Otra vez se retiró, — hacía crisis su fermento psicológico, — en medio de lo más álgido de una disertación de Santín Carlos Rossi, sobre las vocaciones sofrenadas y tardías.

En la Cámara su proceder produjo sensación.

¡Y qué diremos cuando no asistió a la sesión siguiente!

Había un ambiente “plúmbeo”.

La campanilla del Presidente tenía el badajo de manteca.

El agua — que lubrica los discursos — sabía a sal inglesa.

Los lápices de los taquígrafos pesaban ochenta toneladas.

Los oradores parece hablaban obedeciendo a pensamientos de galápagos.

Y una música de ronquidos, que partía del sector periodístico, cuajaba en la atmósfera una sensación de fumadero de opio...

Los únicos pensamientos que nadaban en aquel río opaco se dirigían hacia el asiento huérfano del ausente.

No se podía tomar una medida oficial por no existir disposición ni antecedente al respecto.

A un legislador se le puede obligar a acudir a manipular proyectos, a soportar discursos...

A un barrista, no.

Un providencial olvido de las leyes les permite a los ciudadanos abstenerse de concurrir al fecundo recinto y hasta a callarse, si se les antoja, las razones del matrearles.

Se puede gozar hasta la libertad de la ignorancia de los... congresales.

Pero éstos no estaban a la recíproca.

No podían funcionar sin don Melitón.

La Cámara era como un preciso mecanismo al cual le faltara una pieza básica.

Un legislador pidió la palabra y se le vió braceando contra la corriente arrolladora de la falta de ambiente.

—Don... Me... li... tón.

Una voz le tiró una cuarta, al vuelo:

—Hago moción para que pasemos a sesión secreta. ¡Salvadora medida!

Sólo así, sin barra, el elevado Cuerpo halló su equilibrio y sesionó para descubrir el medio de volver a la normalidad.

De aquel memorable cónclave surgió una comisión integrada por los elementos de más empuje oratorio, la cual, con los gastos de locomoción pagos, salió en procura del desertor.

No tardaron en dar con él.

Lo abordaron protocolarmente:

—Está abierta la sesión. Tiene la palabra el señor...

Tocado en su punto sensible, ablandada la rebeldía en contacto con sus antiguos amores, el ex sargento suspiró:

—Señores diputados...

Los delegados atacaron recio:

—Don Melitón, su concurrencia a Cámara es indispensable; usted es una parte integrante de ese Parlamento al cual desde hace treinta años da solemnidad, ponderación y gravedad con su presencia.

—Yo soy una ínfima molécula de pueblo.

—En eso reside su más alto timbre de gloria y el nuestro. Vd., don Melitón, es la encarnación del ciudadano desconocido, del heroico contribuyente, del pa-

cífico y callado votante gris, que hace rebasar con su voto humilde el cociente que nos permite ingresar a este recinto.

—Yo soy un huelguista.

—Nosotros venimos con el pliego de condiciones.

—Mi actitud — y concreto, porque no quiero andar con tapujos — obedece a eso de las jubilaciones.

—Aunque tarde, don Melitón, lo hemos comprendido. Aquí estamos para corregir nuestro error.

—¿Lo reconocen?

—Sí.

—¿Derogan la ley?

—No; como siempre, hacemos algo mejor: la perfeccionamos!... No podíamos continuar en nuestras funciones existiendo un ciudadano, ¡uno solo! que estuviera discordante con nuestras ideas y nuestras realizaciones.

En el fondo de su respetuosa protesta hemos percibido un humano resquemor por haber, imprevisora y quizá podamos decir ingratamente, no asignado a usted el premio a que se había hecho acreedor por su modesta y constante función de ojo, de nariz, de oído, de alma del pueblo, delegado oficioso que ha cumplido dignamente su misión.

Luego, don Melitón, nosotros y nuestros antecesores que hemos trabajado a su sombra, a su buena sombra,

hemos comprobado que usted acarrea suerte y lo descubrimos y proclamamos Mascota de la Honorable Cámara de Diputados y como tal le reconocemos sus largos y eficientes años de servicio.

—¿Y qué hacen de mí?, indagó él entre sorprendido y atemorizado.

—Don Melitón, — le respondieron solemnes, — le designamos el título y un estipendio con derecho a la respectiva jubilación, declarándolo necesidad nacional. ¿Ve, usted, como, al mismo tiempo, damos un ejemplo de innovación?

—Señores, ¿para qué innovar?

—¿Para qué innovar? Si está ahí el mérito de la cuestión. ¿Usted se ha detenido a pensar en el efecto de tal medida en el mundo civilizado? ¡El primer país que tendrá su mascota!

Un último escrúpulo cívico lo impulsó a protestar débilmente:

—¿Y esas escuálidas arcas nacionales?

—Se dignificarán, don Melitón.

—Si es así, se resignó Pringles sin perder la línea, si es para darle exitoso lustre al Parlamento y dignidad al Erario, no me puedo negar.

Y, como Sócrates, bebiendo la cicuta para no infringir la ley, se sacrificó.

La Cámara, para suerte nuestra y ventura del país, consiguió su normalidad, adquiriendo por una idea genial, el privilegio envidiable, el título de precursora en el uso del primer mascoto oficial.

¡Ya era tiempo!

No podíamos ser menos que batallones, barcos de guerra, cuerpos de bomberos...

Nuestro Parlamento, por dignidad nacional, reclamaba su camello, su orangután, su burrito, en fin, su mascota.

* * *

No tenemos, pues, solamente el palacio más bello y... más costoso de South America.

Simultáneamente la nación ha ganado una batalla civil.

El presupuesto ha engrosado sus filas—bastante obesas—con un excelente comilitón nuevo.

Y el nutrido ejército de jubitados cuenta con la segura promesa de una unidad más...

EL LUNAR EN LA RABADILLA

¿Cómo lo convenzo a este señor gordito y pacífico de que yo no me acuerdo de él?

Tiene una sonrisita infantil de hace quince años y ciertas expresiones que yo he oído en sueños o leído hace mucho tiempo.

Él está un tanto mortificado, indeciso y dale a sonreír y a mirarme con los ojos descoloridos e inexpressivos.

—¿Entonces?

—Realmente...

—Hombre, haz memoria, Casciano Arana, — me repite su nombre, — Cacho, Cachondo... ¿Te acuerdas? Continúo con el tuteo porque terminarás por recordar... En el colegio, en el recreo, yo ya era un poco gordito y ustedes, con Pilo Herrera, Albertito Rodríguez y el bizco Mendoza, me cantaban:

Cacho, cachondo,
tiene, tiene redondo,
lo que tiene redondo
la señora Girondo...

Y sus ojos me ruegan con tal sumisión, es tan ridículo entonando la canción picaresca, que me veo forzado a reír y declararle:

—¡Ah, diablos! ¡por fin! ¡Cachondo, mi querido Cachondo!

Él se levanta algo duro, ligeramente compungido y me viene a dar un gran abrazo.

Y empieza a dispararme a los cuatro vientos:

—¿No has vuelto más por Tacuarembó?

¿Has visto a Méndez, que es médico?

¿Y aquella vez que hicimos la rabona en la iglesia y nos robamos las velas?

—¿Te acuerdas de Enriquetita Salerno... aquella que fué dragona tuya?

—¡Hombre, te imaginarás, cómo la voy a olvidar! La gordita del lunar en la rabadilla...

—Es mi esposa.

—Escucha, Cacho, Cachondo... ¡tu esposa! escucha, lo del lunar era cosa que lo decían todos los muchachos... tú comprenderás... lo de gordita sí, se veía...

—Oh, sí, realmente... tengo buena memoria y te declaro que nunca di importancia a los chismes... Las mismas relaciones de ustedes no fueron sino cosas de niños de escuela.

—En efecto, Enriqueta...

(Ahora soy yo quien ha quedado sobre ascuas).

La gordita de Salerno se me ha de representar con su vestido muy corto y las bellas piernas—que eran nuestra debilidad de adolescentes—al descubierto.

Casciano Arana sonrío, sonrío... y yo tartamudeo:

—En efecto, Enriquetita... era, era una chiquilina, una ratita...

Una chiquilla, pero señor, ¡qué hurguete! como criticaban las señoras...

—... Recuerdo, recuerdo...

—Cuéntame, refresquemos el pasado.

Cómo para refrescos está la cosa... Veo que Cachondo no cree en los chismes, pero yo no dejo de creerlos...: Las siestas ardientes, la húmeda frescura del membrillar y las cañas de Castilla del fondo de nuestra casa pueblera, y el muro que ella, la muy chiva, salvaba y que con sus dos años más que yo se creía en la obligación de suplir mi cortedad, dándome ciertas lecciones prácticas de "mujercita y maridito".

—¿Y tienes hijos?

—Dos; un casalcito; preciosos, querido.

—Bien, bien.

—Somos muy felices... te aseguro.

—Que les dure... Saluda a tu señora.

—¡Qué saluda! Tú te vienes ahora mismo a cenar con nosotros... Estamos a un paso... No te vamos a dar un banquete... Pero Enriqueta se quedará tan contenta como yo... Nos harás un honor.

—.....

—No, no te puedes negar... a un viejo amigo; me ofendería...

—Pero tú comprenderás... así de improviso... Tu esposa que no sabe nada...

—Mejor, le damos una agradable sorpresa.

—En una de esas ni me conoce.

—¡Qué!... Verás... Yo no le dije nada a propósito, pero tenía mi idea. Ayer, cuando salió tu retrato en "La Metrópoli", me hice el indiferente y ella lo había leído: "Nuestro gran escultor Inocencio Porras"...

—Pero, querido Cacho...

—No hay disculpas que valgan, vamos!

* * *

Enriquetita Salerno está transformada en una bella y majestuosa matrona; me saluda muy dignamente y conversamos desflorando temas sin importancia.

El marido sonríe, sonríe y nos envuelve en su mirada diluida e incolora.

De pronto cambia su gesto en gravedad e interroga a su mujer:

—¿Tú no conoces a este señor?

—No.

—¿Pero no te suena su nombre?

—No.

—¡No!

Y en esta exclamación descubro tal sorpresa, una tan incontenible ira, que miro sorprendido a Casciano, que ya no sonríe.

¡Oh, cómo es absurdo esto, y grotesco!

La señora me observa temerosa y espantada.

Arana está revestido de la fría sequedad de un juez.

¿Qué? ¿Cree que su mujer finge? ¿Habrá tenido veinte años en el seno la serpiente de la duda, de los chismes?

Soy yo quien ahora empieza a dar explicaciones y datos y noticias.

—Señora, ¿no se acuerda de doña Martina Sánchez de Porras, de sus hijos? de Camilo, de Inocencio?

—¿Inocencito!?

—Soy yo, señora.

—¡Ah!... Cacho, ¡pero qué ocurrencias las de este hombre! Pero, ¿por qué no me avisaste? ¡Qué cosas tienes!... Disculpe, señor Porras Sánchez.

Y me alarga la mano, cordial.

Ahora Arana sonríe, sonríe satisfecho hasta de mis referencias.

Quizá lo de los dos apellidos...

—Dejemos el físico, señora, que cambia y nos transforma... Estas arrugas, este cabello gris, esta gordura... Las más grandes variaciones son interiores. No vemos, no sentimos como hace quince años, y hasta reaccionamos de diversa manera. ¡Vivimos tantas vidas! Y mirando hacia ese pasado, que a veces se intenta hacernos revivir, nos encontramos la insensibilidad de los espectadores indiferentes.

Casciano me interrumpe:

—Yo soy siempre el mismo.

Y mirándole los ojos descoloridos, de aguas muertas, no puedo contradecirle.

—Sí, y tú tienes la culpa de intentar el "levántate y anda" del reposado Lázaro.

—Un artista al crear, — atreve Enriqueta, — vive el futuro.

—Vive en el tiempo, corroboro yo, metiéndome en honduras metafísicas.

A Arana lo fastidian estas disquisiciones sutiles y con su calma chicha afirma:

—Es bonito recordar. Y tararea:

Cacho, Cachondo,
tiene, tiene redondo,
lo que tiene redondo
la señora Girondo.

Cuando cesa el estúpido refrán nos quedamos mudos, lejanos, cual si hubiera caído sobre cada uno de los tres una aisladora campana de silencio.

Mis amigos y yo tenemos obsesionalmente en el cerebro un puntito castaño que se agranda, se agranda...

Y nos ponemos a hablar sin sentido, desorientados, de cualquier cosa, y con el miedo terrible de meternos en el peligroso sector del lunar...

SE NECESITA UN NEGRERO

Estimado padrino:

Mi amigo Virglio Bondois buscaba, el pobre, y se murió sin encontrarlo, un Mecenaz. Yo soy más lógico y más razonable: busco un negrero.

¿Usted no cree que lo podré encontrar?

Estoy convencido de que en el Uruguay existen todos los elementos que lo generan, y es más: algunos se encuentran acentuados.

En consecuencia, y permítame una tiradita pseudo-científica: dado el clima moral, el medio y demás concomitancias, el negrero debe estar apuntando en el horizonte o quizá pulula ya entre la muchedumbre dinámica y sportiva.

Un sabio actual afirma que todo se genera del mo-
ho y es, el mismo género humano, una singular vegetación parásita, especie de hongos pálidos llegados a la adultez y que, luego de una serie de evoluciones, ha optado por reproducirse por un medio más cómodo y más agradable.

Yo creo que en las reconditeces húmedas y penumbrosas de los políticos, de los arrivistas y de los "faroleros", subespecie criolla muy divulgada, debe haber estado laborando la alquimia misteriosa y honguística generadora del excelente traficante.

Este ser es resultado de ambientes selectos y refinados y nuestra cultura, nuestro progreso, nuestra elevación moral, el grado de adelanto de nuestra patria en todos los ramos de la civilización y anexos, exigen imperativamente la aparición de mi hombre.

Nuestros triunfos olímpicos, la altura del Palacio Salvo, la inteligencia demostrada al darnos en extranjero los monumentos patrios para que nos especialicemos en lenguas y el conato de atravesar el Cerro en aeroplano, nos indican como campo propicio para la existencia de ese generoso, munífico personaje que coloca su platita a un interés... de gloria, moderado.

¿No tenemos aquí una cantidad de vivos y qué saben vivir?

¿Dónde, con más habilidad, se acumulan sueldos y se inmovilizan con el pararrayos de las buenas muñecas todas las descargas eléctricas de pesos perdidos o corduda dirección?

¿Qué rincón del mundo puede exhibir una más copiosa fauna parasitológica?

Bien, pues, ¿no es evidente que entre esa millonaria abundancia identifiquemos nuestro tipo?

Y, una vez descubierto, llevemos a su convicción la excelencia del negocio.

Primero: en relación a lo que nos pague cederemos el material.

Segundo: entonaremos loas al negrero, y ¡vaya si lo haremos bien! desde que no hay padre, por torpe que sea, que no encuentre conmovido acento y elocuencia alada para elogiar o exaltar los atributos de sus vástagos.

Tercero: habrá otra agradecida, la Literatura Nacional, que, con emocionada mano, ya estará dispuesta para, en el momento oportuno, abrir la puerta del Panteón de nuestros grandes hombres y grabar con letras de oro, etc., etc.

Entiendo, en consecuencia, que *l'affaire* no es sólo aceptable sino excepcional, y dado nuestro modesto apetito, "baratieri", agregando que — no son los patanes los que aquí colocan sus vintenes — ser genitor de una obra, la cual puede dar cosechas de trigo de Gloria, viste mucho más y cuesta menos que tener un caballo de carrera, salir diputado o fabricarse un rasca-cielos para epatar a los colegas.

Naturalmente, no vamos a golpear la puerta de un vulgar agiotista, de un Salomón maloliente a billetes viejos y a naftalina, pero, ¿no existe tanto político discretamente vergonzante en cuanto a haberes inte-

lectuales? ¿No hay tanto abogadito analfabeto? ¿No pululan los que ordeñando en veinte vigiliass la péñola magra, apenas si le sacan una espumita?

Luego, yo voy a garantir el más tumbal secreto, no dejando de espetar al público una cartita consagratoria entre "Los juicios sobre nuestra brillante producción literaria".

En resumidas cuentas, respetado padrino, y no sonría porque no es a Vd. que le hago el artículo, creo que podemos ofrecer sin rubor nuestra mercadería, pero como yo estoy desconfiando de que la prensa descubra un propósito comercial en la tal propuesta y es capaz de aplicarnos la tarifa de avisos, yo quisiera que Vd., a quien, sin hacerle una ofensa, lo supongo hábil en pasar gato por liebre, me dé una manito para hacer conocer nuestro (o mi) ofrecimiento, dorando la píldora, presentando el asunto de una manera elegante, diplomática y llamativa.

Me parecería conveniente ir deslizandó en "Información general", en "Carnet del lector", etc., una notita "Entre las bambalinas literarias" o "Curiosidades de los hombres geniales", en las cuales se narre la clásica negrada de Bacón escribiendo para Shakespeare, la de ese señor no sé si Dumond o Durand, que le fabricaba las novelas a Dumas, la influencia discreta de Mme. de Caillavet en la obra de don Anatolio, a quien ella le

ofrecía argumentos y finales, y la generosidad del enciclopedista Barón de Holbach, espejo de negreros, que a más de pagar muníficamente, sentaba a sus proveedores a la mesa y los trataba a cuerpo de rey.

Por Marco Aurelio, — disimule, padrino, mi erudición, — sabemos que la supervivencia del nombre es relativa, cien años, mil años... bah!...

Eso nos hace superiores, nos purga de vanidad y da la medida del deleznable valor de nuestra gloriola. ¿Qué vendemos, pues? Cosa percedera, humo, "pulvis", nada... Entretanto, el Arte, Moloch insaciable, — del cual somos jurados sacerdotes — puede irse alimentando, nuestra época tener una personalidad y el distinguido ciudadano que nos paga, adquirir para afuera — el público — notoriedad, y para adentro — el gremio — un concepto dos veces respetable, por alimentar el fuego sagrado y el escritor hambriento.

Nosotros debemos convencer al hombre de que no es ni siquiera difícil parecer un intelectual. Después de entrenarse un poco hasta puede sonreír de la Gloria, y si se provee de un airecillo entre irónico y escéptico, ¿quién le pisa el poncho?

Tengo la convicción de que el negrero existe y se disimula tras los bastidores del anonimato como un autor teatral tímido al que la primera actriz debe arrastrar al escenario.

Haga Vd. de primera actriz, padrino, háganoslo aparecer. Anímelo. Dele confianza y seguridad. Vd. ya me ha respaldado otras veces, contribuyendo a mi *debut* y al prestigio y brillo de las Letras Nacionales; haga otra gauchada, ayúdeme a identificar al negrero, o, si yo, que poseo mi lógico interés, lo encuentro, se lo señalaré con el dedo para que me le dé un empujoncito, y si no alcanza y el candidato es un poco reacio, ¡qué diablos!, encájemele un "envión cósmico",

José Luis Morenti.

Nota del autor: Yo publico, sin comentarios, la carta del joven Morenti, que me llama cariñosamente padrino — a quien el diablo no da hijos el azar le regala ahijados — y reclamo la atención de los interesados que pueden escribirle — se garantiza el secreto — a Poste Restante. Montevideo.

M. B.

PANCHITO CORTABARRÍA

Volviendo de Montevideo el doctor Nogués se trajo su chifladura política y en la necesidad de un hombre de confianza, mandó a la cancha de pelota a buscar al vasquito Cortabarría.

—Che, Panchito, mirá, vengo con unas instrucciones de la Capital... Ahora me voy a la presidencia del Comité Departamental... Presento mi candidatura a las próximas elecciones... ¿Me acompañás?

—Sí, dotor.

Él acostumbraba a llamarlo así, aunque se habían criado juntos en el barrio y fueran condiscípulos.

—Salú, dotor... Viva, dotor...

Y ahí anduvo el vasco llevando mensajes, siendo vehículo de confidencias, asistiendo a las sesiones de los comités, capitaneando un corro de compinches para irrumpir en las asambleas:

—¡Viva el dotor Nogués!

En la inminencia de las elecciones hasta pegó carteles alusivos al acto.

El candidato lo vistió con un traje presentable, pues su secretario estaba en una intransitabilidad alarmante de indumentaria, y Pancho agregó por su cuenta una corbata punzó que parecía una señal luminosa de peligro.

Nogués, no sé si sobre los rieles de sus discursos promisoros o por la mágica virtud ganadora del caballo del comisario, fué electo diputado, y su asistente casi se muere de emoción con el regalo de un papel de cien pesos que parecía un poncho.

El favorecido, que ya se había descubierto condiciones de hombre de acción, prometió interiormente:

—Lo acompaño, doctor!... Cómo no lo v-i-acompañar!

Arrastró a sus compinches a la estación, a vivir al flamante padre de la patria, y al otro día — no había que perder tiempo — abandonó los lares.

—¡Qué diablos! ¡tanto negau que hace carrera!

* * *

El doctor se sorprendió en una calle de la metrópoli.

—¡Panchito!, ¿tú por acá?

—Ya lo ve, doctor...

Y el vasco bandido, haciéndose aún más zonzoso de lo que era, agregó con aire de sincera ingenuidad:

—Aquí estoy, acompañándolo, doctor.

Y frecuentó su casa y el Palacio Legislativo, en cuyos corredores y salones se codeaba con personajes y desde cuya barra aplaudía como un "hincha" auténtico y aprobaba las despachadas de su conterráneo.

El diputado le pasó algún traje viejo y no le quitó las esperanzas de la ubicación, y Panchito Cortabarría, que engordaba cual si ya hubiese conseguido el empleo, repartía cortesías inclinaciones, sonrisas benévolas y galterazos, mientras fumaba su toscano con una soltura señorial.

Nogués llevaba los vestidos algo justos, y pingüe y de corta estatura, enfardaba con sus trajes usados a su ex discípulo, que daba la sensación de que se iba a desbordar por las aberturas de la ropa.

Él cuidaba la línea desde que cosechara algunos saludos distinguidos y figurara en pose no excesivamente desairada en la crónica parlamentaria de un periodista irónico.

Carmíneo, lustroso, con algo de morcilla inflada entre los paños diputariles, paseaba por 18 y Sarandí con un aire tan importante cual si aguardase unas instrucciones y debiese irse a Tacuarembó a confiarle a otro pelotaris:

—... Che, Pocho, ¿me acompañás?

Por ese entonces el doctor lo convirtió en propietario de un jacquet y el vasco Cortabarría una tarde fué con-

fundido con un Ministro en un pasillo de la Cámara.

Era un postulante quien lo abordó:

—Excelentísimo señor Ministro.

Él vió superado su sueño.

Le estiró la mano al desconocido, inclinó el testuz cual si le pesaran los pensamientos y las preocupaciones y se alejó a prisa, con no sé qué en la silueta de Juan Antonio Buero, de Lloyd George, de Briand...

En una de esas fué el jacquet quien conspiró a dar esa sensación.

Lo cierto es que si a nuestro héroe un providencial ataque apoplético le hubiera extendido el pasaporte para el otro mundo, habría fenecido en el apogeo y el colmo de la humana felicidad.

* * *

Nogués, ya vinculado, lo pudo colocar de portero en alguna oficina y Panchito, — ¡caramba! a esa altura!... — se vió obligado, por "dinidá personal", a no aceptar un puesto casi degradante.

— ¡Yo portero! ¡Me saluda tanta gente conocida; me encuentro con personajes a cada paso!

Ahora que con el jacquet le parecía lindar con las altas posiciones, los amigos de pro y los emocionantes banquetes de homenajes...

— ¡Pucha, qué rico tipo el doctor!... Casi no lo saludó más.

* * *

El diputado no fué reelecto.

Cortabarría raleó las visitas a la Cámara.

Ya no pudo renovar sus trajes.

Se había desarraigado y, naturalmente, no podía volver a Tacuarembó.

No quería abandonar el combate.

Y con el barniz adquirido, los saludos amables, las sonrisas, trató de arrimarse aquí, allá, sin éxito.

— ¡Viva Éste! ¡Viva Aquél!

No embocaba una.

Ahora no había ni puestos de portero.

De buena gana le cortaba los faldones al jacquet verdoso...

Y una mañana, — era necesario hacer la cara para las circunstancias, — se dedicó al periodismo...

El hombre se metió bajo el brazo un centenar de diarios del partido y con su figura de Nogués y su corbata escandalosa, marchó por la vida:

— ¡El Mundo! ¡El Mundo! ¡El Mundo!

* * *

No hay olfato político en el pueblo.

¿Qué le falta a Panchito Cortabarría para actuar con brillo en cualquier puesto espectable?

Lustroso, encendido, más amorcillado en el traje viejo al que ha debido recurrir, merecería unas instrucciones, un pasaje en primera para Tacuarembó y esa confianza de llamar a otros pelotaris:

—Me encargaron de una misión del partido...

.....

—Dice la gente de Montevideo.

.....

—Che, Cochengo, ¿me acompañás?

L A B O R E S D E S U S E X O

He ahí una frase hecha tras la cual se esconden tantas negligencias, ociosidades y haraganerías.

Cuando una mujer se va a casar, con meter en el renglón de las profesiones: "labores de su sexo", considera su obligación cumplida, pese a que no sepa dar una puntada, espumar el puchero o tejer el más inocente punto de media.

Así como una sociedad bien organizada debía etiquetar, clasificar con letreros visibles vicios, profesiones y virtudes: "borracho", "poeta", "usurero", "sentimental", etc., así debía llamarse la atención sobre las inútiles o las apasionadas a los menesteres o adornos propios del sexo bello.

Para orientar a los célibes.

Para ayudarlos a encontrar su mitad.

Con el fin de evitar peligros o tribulaciones.

* * *

Es verdad que esto de la buena educación y el "savoir faire" en ocasiones nos conduce a extremos lamen-

tables, y que no es posible medir la consecuencia de una parrafada o de una simple frase; pero si uno estuviese enterado de la vocación, gusto o debilidad de cada persona, sabría, con una exactitud más o menos equilibrada, la manera de comportarse con los respectivos sujetos.

Es un buen teorizar eso de la psicología y el tacto.

Es un lindo andar con los ojos vendados, eso de la ciencia infusa de los dichos y los proverbios...

Yo, mi querido amigo, he constatado el absurdo de las frases hechas:

—Ardiente como una siciliana; inglesa=hielo...

Palabras.

El mundo es una paradoja viva, y a veces todo lo que Vd. encuentra en el fondo de las frases es la sonrisa de la ironía o la mueca del sarcasmo.

En una oportunidad, estando yo afectado por la dilatación del bazo, una causa célebre me exprimí de tal manera de restar completamente agotado; fué entonces que un colega me ofreció su casa de campo para veranear y reponerme, y allá me fuí.

Me encontré con su familia, gente bien, distinguida, culta.

Ambiente amable, sereno, afectuoso.

Vivir simple.

Alegre.

La señora, colmándome de cuidados; las niñas, de gentilezas, y halagándome con su compañía, y el colega desviviéndose por distraerme, conduciéndome a los pintorescos alrededores, al bosque indígena del arroyo, a las sierras ásperas, a las costas del mar que, por aquellas alturas, ya se abre magnífico.

Con mi manera afable, habíame granjeado la simpatía de la familia entera.

Elogiaba las dotes del ama de casa, óptima directora; la mano de ángel — para hacer dulces y compotas — de la graciosa Hilda... Felicitaba a Gabriela, inteligente intérprete de música; estimulaba la afición pictórica de Carlitos, pero no me era posible encontrar oportunidad para lisonjear a Clara, soñadora, débil y delicada, de la cual aun no me había sido dado conocer las habilidades.

Esta tenía ya sus veinte años y no era fea; pero con su palidez y sus cabellos claros, con su flacura exangüe daba la sensación de un ser que no perteneciera a la tierra.

Yo la imaginaba embebida en quiméricos ensueños, creyente de milagros y prodigios, gran devoradora de leyendas de santos y mártires, recogida y nostálgica como una medioeval castellana virgen.

De las señoritas era la menos amiga mía, y mortificado en la idea de que ella fuera a pensar que yo la

trataba con menos reparo y cariño que a sus hermanas, empecé a aguzar el ingenio para hacérmelo interesante.

La encontraba leyendo y sus libros no eran del todo sagrados; supe de la pasión por las labores de su sexo: los bordados, las finísimas puntillas, los minuciosos, pacientes trabajos exquisitos, y para mí, profano en esas sutilezas, inútiles.

En mi manía de atenciones, me interesé por tales actividades y ante las bellas realizaciones no contuve mi admiración y mi entusiasmo, ganándome repentina e imprevistamente la confianza y la simpatía de la artista.

Creo que fuí hasta erudito, hablando de las maravillas de Brujas, de las filigranas de Venecia, de las puntillas de Irlanda, de los tejidos de ñandutí — del Paraguay — que se me ocurrió emparentar con los otros, y demostré que conocía la artimaña de los franceses, quienes, para imitar a las hábiles italianas, se llevaron un plantel de éstas de la ciudad de los Dux...

Desfilaron ante mis ojos manteles y sábanas, pañitos y cubremesas, "parures" y cuellos y para todo tuve una frase, un comentario, un elogio.

Aquello me perdió.

Clara, reservada y púdica, vibrante e íntima, encontró en mi ingenuo y bien educado entusiasmo, una vál-

vula de escape para su contenida ternura, y empezó a distinguirme con sus miradas, sus confianzas y su afecto.

Se habrá dicho:

—He aquí un alma que me comprende.

Y de la misma manera que simpatizamos con el desconocido con quien coinciden nuestras ideas políticas o nuestro gusto por el mondongo guisado o por los calcetines blancos, ella se arrojó en los metafóricos brazos de una esperada afinidad.

Yo creí salir intacto del lío.

¡Qué sueño!

Mi intención superficial de persona bien educada fué interpretada de muy diversa manera y ya no me pude sacar de arriba a la sutil Clarita.

—Vd. que sabe apreciarlo, señor Uccelli.

Y galopaban ante mi retina espantada telas y ropas, servilletas y pañuelos, bolsas y retrancas . . .

La chica era una máquina.

Me hizo regalos.

Me bordó unas zapatillas.

Me solicitaba consejos.

Y hablábame de "valenciennes" y "Richelieu", "punto pisano" y "cinquecento", cual si yo fuese un bordador o un modisto.

—Vd. que es entendido . . .

—Con su gusto y sus conocimientos...

—¿Repito esta estrella y este rombo? ¿Y este otro dibujo?

Yo tenía la culpa de todo, yo solo!

Era como si a un poeta novel le exigiéramos la declamación de sus versos... El chorro lírico pronto se transformaría en arroyo, en un Niágara, en un Amazonas!

Para abreviar la narración, les diré que la chica no me daba tregua ni paz y comprendí que debía tomar rápidas medidas para iniciar una honrosa retirada.

Yo no estaba en condiciones de soportar aquel diluvio, aquella invasión...

Temí se pudiese complicar el asunto.

Busqué un pretexto para partir; comuniqué mi resolución.

Me la combatieron unánimemente.

—Es una manera diplomática de demostrarnos su descontento.

—Se cansa, se aburre...

—¡Irse antes de terminarse la estación!

—Lo detendremos por fuerza, ¡no lo dejaremos ir!

Sólo Clarita callaba, envolviéndome en una triste, dulce y sostenida mirada.

Me dió lástima y tuve la debilidad de retribuir cariñosamente su mirar.

* * *

Esa noche no me había dormido aún cuando sentí girar el picaporte de la puerta de mi habitación.

Eché mano al revólver.

Una voz conocida, tímida, sofocada:

—Señor Uccelli...

—Señorita Clara.

—Que... que... Como Vd. se marcha mañana, quería enseñarle un nuevo trabajo: esta camisa...

La traía puesta...

* * *

Labores de su sexo.

MÁS ALLÁ DEL FEMINISMO

Aun en el oído las previsoras recomendaciones de papá y de abuelito, llena el alma de los temores pueriles y encantadores de un adolescente tímido, honesto y puro, Febo Lancia dejó saltar primero a los señores de edad, a algún suegro gruñón y hasta a dos solterones, antes de abandonar el autobús aéreo que, todo tembloroso en sus cristales, sus aluminios y sus bronces, anunció con su fonógrafo automático:

—¡Tribunales! ¡Parte!

Ya se habían precipitado cincuenta personas al vehículo volador y de su ancha plataforma se arrojaban con sus paracaídas individuales sujetos que se habían olvidado de algo y remaban, con sus aletas, en el vacío, buscando sitio propicio al aterrizaje.

Los guardias civiles del tráfico de la atmósfera caracoleaban enhorquetados en sus monomotores eléctricos, dando idea de cabalgar hipocampos, y allá, más arriba, a mil metros, pasaba el bólido del gran expreso continental que venía de Río para Buenos Aires y Santiago de Chile.

Febo Lancia, entre acomodarse los encajes de su vestido de terciopelo, darse unos golpecitos de polvo, avivarse el carmín de los labios y comprimir los pulverizadores secretos que le aromaban las axilas, perdió un tiempo precioso, escapándosele el descensor de la torre que conducía a tierra, a los diversos pisos de la ciudad.

Aprovechó para contemplar Montevideo desde aquella altura.

Un áspero y agudo sucederse de palacios, cúpulas, torres y monumentos hacía cosquillas a la panza del cielo.

Él se acordó del Palacio Salvo, aquel pretensioso montoncito de cemento armado que en 1930 había hecho gastar a los ciudadanos una carrada de signos de admiración y hasta unos antipoemas.

Ahora se conservaba como una curiosidad de chatura...

Por sobre todo se erguían la Iglesia Teosófica, la Casa del Partido Castañoscuro, el Palacio de los Vendedores de Humo Unidos y la Torre de la Inteligencia, donde se conservaban — bien seguros — los poetas, los filósofos y los apóstoles... La deportación platónica no hubiera pasado de eso, pues con los medios de comunicación en boga, si los espantaban por la puerta, ellos, a la media hora, se colarían por la ventana.

Más lejos, entre un bosque de fábricas monstruosas, coronado de villas y hoteles, erguíase el Cerro, soberbio e imponente con sus 2000 metros de altura.

Yo no sé si mis lectores conocerán suficiente historia o si será preciso revelarles la transformación de ese promontorio, al cual poetas burlones llamaron bonete de clown, montaña de mentirijillas y hasta verruga de la muy fiel y reconquistadora. Pidiendo disculpas por la lección, debo enterarlos de que hace una cincuenta de años la Comisión pro Turismo y Atracción de Forasteros llamó a un cirujano geólogo y le atrevió el sorprendente — por aquel entonces — pedido:

—Tenemos un cerrito un tanto raquítrico. No podemos continuar mostrándolo así! Hasta por dignidad nacional! O Vd. nos extirpa esa excrescencia, o nos la hace crecer y la transforma en una montaña decente donde podamos instalar una "grotta azzurra", un funicular y un surtido de Hoteles Municipales... que continuarán perdiendo y a cuyo efecto ya hemos lanzado nuevos empréstitos.

El sabio se rascó la calva, se fué a observar la víctima, le tomó la temperatura y mandó que lo tuvieran quince días en ayunas.

Le hizo unas perforaciones, le inyectó varios sueros y tuvo la previsión de comenzar a cobrar los honorarios al tiempo que se hizo firmar un contrato garantizando a sus descendientes una discreta rentita.

El hombre se hizo un viaje a la India y de allá se vino con un cargamento misterioso.

Purgaron al Cerro y a pesar de las fuertes dosis de narcótico, conmovían a todo Montevideo sus ayes y gemidos el día que le hicieron la operación.

Le habían cambiado las glándulas tiroideas por unas traídas nada menos que de las entrañas del Everest, el más alto pico del Himalaya que, si no estoy mal informado, se alza unos nueve mil y pico de metros sobre el nivel del mar.

El Cerro sudó, tuvo chuchos hasta el punto de que sonaban las articulaciones pétreas de la fortaleza y terminó por crecer, como esas plantas tropicales de que habla Horacio Quiroga, a tantos milímetros y su respectiva fracción, por segundo.

Y volvamos al gracioso Febo Lancia, que ya se ha tomado el descensor y baja hacia los Tribunales.

El jovencito pasa de una sorpresa a una emoción y de una novedad a un susto.

¡Malas compañías se encuentran en esos viajes! ¿No tiene sentado junto a él un *cocotto* de los que llevan el perrito faldero? ¡Pero el gozquecillo es tan mono! Pero él mira al horizontal... ¡Qué uñas más bien decoradas, qué joyas lleva el descocado! ¡Cómo se aprende observando esa gentuza!...

Con todo, está un poco arrepentido de su enorme atrevimiento de salir solo y se maravilla de cómo su audacia no fuera rechazada con escándalo por papito y por abuelito.

Los tiempos cambian, como diría profundamente el Pero Grullo de la época...

La mamá — casi se la podía calificar de calaverona — con el pretexto de unas exploraciones en el Aconcagua, se había ido con unos estudiantes malayos en su Ford aéreo...

Es verdad que había ordenado desde la carlinga:
—¡Ojo a Febito!

Pero no era el caso de ponerle cintura de castidad.

Febo, a quien ya se le había despertado la pubertad, sentía una comezón de cosa nueva, de azar y de aventura que parece que "tenía hormigas", y al conseguir aquella escapadita, acariciaba proyectos tan descabellados como el de robar la llave de la casa y mandarse hacer una a escondidas, para abusar, se comprende, de la confianza de sus mayores.

Y Vds. dirán: ¿y qué archidiablos automáticos lo traían al Tribunal?

El amor, hijos, el amor, tirano eterno, que ahora ni venía mojado, ni traía carcaj y flecha como en el verso de Ronsard, sino que se manifestaba aterrador como un directo a la mandíbula o penetrante como una descarga de rayos ultravioleta.

Noches pasadas, en el "Club de Solteras", Febo había conocido a la ingeniera, abogada-capitana de artillería aérea Electra Cifuentes, y como consecuencia perdió el

sueño y el apetito, y ayudado de un viejo diccionario de la rima púsose a componer unas letrillas y unos madrigales.

Su papito lo encontró desvanecido en el jardín de invierno, en una de sus blancas manos el pedúnculo de una despetalada margarita:

“Me quiere? mucho, poquito, nada...”

y en la Singermann parlante un disco fósil, de 1890, que continuaba desgañitándose:

“Los dos una solalma, los dos un solo pecho
y en medio de nosotros mi padre común Dios!”

El genitor se conmovió, le roció el rostro con agua de azahar, acercó a sus narinas el clásico frasquito de sales y, cuando él volvió en sí indagando:

—¿Dónde estoy?...

... el viejo, saturado de experiencia, concluyó:

—¡Hijo mío!... ¡Está enamorado!

La causa que se ventilaba ante los Tribunales era ruidosa, había conmovido el mundo. Señoritas millonarias como la citada Cifuentes, las de Amuchategui, Botiglia y Pérez, los apellidos más linajudos, estaban acusadas: estaban acusadas de ejercer el infame comercio de

la trata de blancos. ¡Un horror! Consumían, degeneraban la raza, exprimían como un limón a los jovencitos inexpertos, y después, sin metáfora, se los llevaban al quinto cielo, a una residencia, de propiedad precisamente de la abogada capitana, donde los hacían engordar de nuevo por procedimientos artificiales y misteriosos, para arrojarlos otra vez perversamente, como pasto de los apetitos y concupiscencias de las niñas bien...

Se hablaba de orgías celestes descomunales.

Cosas que reducían a proporciones liliputienses a Sodoma y Gomorra, y una noche, no se explica por qué correrías o descuidos, llovieron desde el cielo sobre Montevideo dormida, una verdadera lluvia de mancebos perfectamente desvestidos.

(Alguien exclamará avisado:—¿Y se estrellaron contra el suelo, autor? Es que ya existían las redes invisibles de hilos aéreos de Hegks, los cuales se tendían de noche— como esos tejidos de piola que en los circos protegen a los acróbatas— para evitar los continuos accidentes del tráfico del aire).

Eso había movido a la sociedad a una campaña enérgica y a medidas severas contra la corrupción que amenazaba desquiciarlo todo.

La ingeniera Cifuentes, acusada a pie libre, había recibido la imputación — dicen — sonriendo cínicamen-

te. Como jurisperita y mujer tenía el derecho de autodefenderse.

Los cotidianos parlantes comentaron ampliamente la noticia y dada la existencia de algunas corrompidas y amorales partidarias de las muchachas bandidas, el público se dividió en dos grandes fracciones que hizo se movilizaran las policías por temor de algún desaguisado.

La gente bien pensante y la inmensa mayoría de los varones, hablaban del crimen y la desvergüenza inaudita de las que aun se jactaban de la indigna hazaña.

Las criticadas rebatían:

—Bah!, los pelucones, los ultramontanos y el trogloditismo insexuado o con los dos sexos, siempre se había de oponer a la irrefrenable marcha de los tiempos, a la evolución y al progreso.

Como era de suponerse, cincuenta mil corazones de virginales jovencitos latían al unísono por Electra Cifuentes y se lo hacían saber por múltiples y oportunos medios. Sobornaban a sus camareros y ella se encontraba con media docena de huéspedes en su lecho; la sitiaban, escribían, telefoneaban, radiofonaban...

Electra no tenía más remedio que usar cintura de castidad y en un brinco cabalgar su avionete y hender los cielos como un proyectil.

Ella estaba encaprichada en demostrar que lo que

realizaba, lejos de ser una acción corruptora, era una excelente y sanísima acción.

Afirmaba:

—Inicio a la vida. Descubro insabidos horizontes, más alláes magníficos a los ojos cerrados de unos individuos vegetativos.

Hay que transformar en seres activos y fecundos a esos muchachos cloróticos que devanan su vida tras los cristales, leyendo poesías, bordando una cifra en la punta de un pañuelo, pintando acuarelas o descifrando las "palabras cruzadas" que nos dejó en herencia el gigante bueno y chocarrero de Tristán Bernard.

Se esperaba quién sabe qué mayor revelación, qué maravilloso discurso, qué mágicas palabras... por lo menos lo aguardaban los "chicos" románticos.

El aula tenía un gran arco abierto sobre el cielo, por el cual abogados, jueces o acusados podían llegar en sus vehículos aéreos.

Había un magnífico auditorio y parodiando a un cronista de la hora, se podía afirmar que los más sedosos rizos y los más perfumados rulos (ondulación eléctrica inamovible) masculinos, se habían dado, allí, cita.

Las intelectuales, las señoras de la alta finanza, los cocotos cargados de joyas y llenos de perfumes, ministras, sabias, generalas, se apretujaban en las poltronas.

Las juezas con sus pelucas — usaban calva o pelo al

rape—los collarines y las togas solemnes, cotorreaban entre sí, graves y majestuosas.

Un hombre magro y amarillo, el delegado de los "jóvenes secos", el director de la Liga Antialcohólica y el presidente de "La Protección de los Púberes", melancolizaban la sala con sus vestidos fúnebres.

Una campanilla comenzó a sonar.

Se iniciaba la sesión con el acusado en contumacia, cuando un trepidar de alas anunció la llegada de alguien.

Como de cuatro estuches de bombones se volcaron de varios volívolos sobre la plataforma del Tribunal, un enjambre de mariposas, alrededor de cien mancebos graciosos, rollizos, mantecosos, eutrapélicos.

Grandes ¡oh! de sorpresa y asombro hicieron palpar la sala al igual de un gran pecho:

¡Cuánto niño conocido!

Como una domadora ante sus fieras— ¡fierecillas domesticadas, ay! — Electra Cifuentes saltó ágil, elástica, fuerte y bella.

Vestía pantalón azul y chaqueta breve color perla, el cabello apartado a un lado hacía caer al otro, compadronamente, una onda castaña; polainas de cuero de Rusia le modelaban la pierna hasta la rodilla; fumaba un largo cigarrillo de tabaco en cuerda del Brasil y se paseaba, impertinente, provocativa, mientras las juezas mascullaban la formidable acusación.

—¿Qué tiene que aducir la acusada?

—¿Permitiréis, excelencias, que hablen mis víctimas?
Se consultaron las magistradas.

Temían el escándalo.

—Sí. Resonó seca la concesión.

A coro, con sus frescas voces musicales, afirmaron las víctimas:

—¡Somos tan felices!

Aplaudió el público.

Los más avisados reían.

Los señores de negro se levantaron rojos, sofocados de indignación:

—¡Pervertidos!

Hubo un revuelo, gritos, exclamaciones, silbidos.

—¡Viva Electra!

Febito Lancia, fuera de las casillas, lleno de atrevimiento, le arrojó un beso con la punta de sus dedos de leche y de rosa y le suspiró:

—¡Seductora!

Los jóvenes invadieron el estrado intentando desban-car a los cien de marras.

Llovían flores.

Volaban palomas blancas con cartitas en el pico.

Era sublime.

La campanilla eléctrica chillaba como un perro al cual le pisan la cola.

Intervino la policía.

Quisieron confiscar los aviones.

Febo no sabía cómo se había abrazado a Electra, y ésta, apreciándolo como "un boccone di cardinale", o no teniendo otro barro a mano, saltó con aquella presa a su monomotor y escapó hacia las nubes.

Febito, naturalmente — maña vieja, eterno cantar — se le había desmayado en la carlinga y aquello era tan estrecho!

Ella encontró un pomposo cirrus húmedo y pasó y repasó por el seno de la nube, que lamía con su frescura el cuerpo laxo del delicado doncello, hasta que se le disipó el desvanecimiento.

—¿Dónde estoy?

—No temas, pochocho, estoy yo aquí.

Aquella voz, a la cual la inflexión tierna no quitaba el vigor y la entereza femenina, tranquilizó al semi-raptado.

Pero suspiró:

—Papito...

—No te preocupes, mi nene, lo acarició Electra.

—Llegamos.

A 12,000 metros estaba anclada la enorme balsa aérea.

Más arriba, la atmósfera enrarecida no permitía la navegación y la fuerza de gravedad contraria de los

otros planetas, repeliendo los anchos pulpos de aire comprimido de las anclas hacían que éstas sostuviesen perfectamente la residencia azul, garçonnière de las billonarias acusadas de la trata de blancos.

* * *

Al día siguiente contemplaban el planeta con los poderosos telescopios.

Febo ennublecó su felicidad con unas lágrimas.

Había descubierto el rascacielos en uno de cuyos pisos su papá, su abuelo, sus primitos, se entregaban a la más moderna y perfecta desesperación.

—¿Qué tienes, chiche?

—¡Estoy deshonrado! Ji... ji... ji... ji...

—.....

—Exijo una reparación.

—Pero si tú quisiste!

—Yo quiero casarme.

—Ah! no, hijo; eso sí que no!

—Pero, ¿por qué?

—¡Amo mi libertad!

—¡Yo te amo a ti! ¡Te quiero mía, sólo mía, solamente mía! Pienso en el futuro, en el hogar, en la raza. Comprendo que el amor no es sólo lirismo ni ese contacto de que hablaba el cínico Pitigrilli.

La conservación de la especie, Darwin...

—¡Pieza de museo!

—¡Te amo!

—¡Fósil!

—¡Sin ti me suicidaré!

—Comedia romántica del más puro estilo... reía la abogada, que, práctica, precisa, sintética, muy siglo XXX se explayó:

—¡Todo menos eso! Exígeme hasta una semana de fidelidad. El más grande sacrificio. Pero eso, no! Las mujeres superiores no podemos ser juguetes de la Naturaleza! Comprendes? La hemos vencido! ¿Te explicas ahora hasta los pequeños secretos que te he enseñado?

—Pues, querido, yo no renuncio a mi libertad. No quiero hi-jos... hi-jos... hi... jos... Cadenas, grilletes, sentimentaleras...

* * *

Febo Lancia se dió una delicada palmadita en la frente y le rogó:

—Vieja, llévame a la tierra. Tengo una idea genial.

—Tú, un hombre! con ideas!

Un segundo y ya descendían como una piedra en el vacío.

Entretanto se ponía al habla con la doctora Voronoff, biznieta de un tataranieta del célebre Sergio, y le pidió a la amada:

—¿Te someterías a una operación que asegure nuestra felicidad futura?

—Aceptado, palabra de fémina.

* * *

—Doctora, es simple... Yo estoy enamorado.

—Vista a la interesada.

—Ella está de acuerdo y, y... *consumatum est*... pero no quiere hijos.

—Señorito, no es el caso de venirme con esas confianzas. Malthus...

—No, no, doctora; yo, que quiero la descendencia, estoy dispuesto a todo; me sacrificaré. Acepto el dulce y terrible sufrimiento de la maternidad.

—Eso es hablar en plata... Yo estoy habituada a injertos, cambios y sustituciones de órganos. Creo que esa nueva operación no me será difícil.

—Sí, doctora, corriamos la Naturaleza.

—Hum, tanto como eso!... Conozco tanto a los monos, que puedo garantizar el éxito del experimento quirúrgico; pero... pero para el primer caso, ¿quién nos afirma que no se queden los dos encinta?

* * *

A los quince días, en el blanco decorado del sanatorio.

Feba adquiere fuerza y vigor, la contienen un poco a la fuerza; de buena gana escapaba solicitada por la vida.

Electro, pálido y dulce en la desmayada convalecencia, tiene la voz nostálgica y lejana.

Electro.—Te amo, Feba.

Feba.—Antigualla.

Electro.—¡Qué lentos los días que nos acercan a nuestra luna de miel...

Feba.—Será a la vuelta, pues en cuanto me levante me voy a las olimpiadas de Capetown...

Electro.—¡Y me vas a dejar solo! ¡Ingrata!

Feba.—(Silba un shimmi).

Electro.—Me consuelo pensando en tu regreso, en nuestro amor.

Feba.—Ah, una prevención, adorable iluso; nada de hijos, eh... nada de hijos... Yo soy una mujer moderna! Quiero mi libertad! Nada de hijos, de hi...jos, de hi...jos...

M E D I O C R I T A S

Sobre mi mesa de trabajo, no superando las dimensiones exiguas de esta imitación de figulina que ensaya un armonioso giro de danza, se paseaba un hombrecillo minúsculo y sugestivo.

Parecía una estatuilla caricaturesca, admirablemente realizada, pero yo sentía que en sus ojos brillaba la vida y que, en fin, aquello era un ser y no un simulacro.

Caminaba entre los montones de libros, hacía gestos y, acercándome, noté que hablaba.

—¿Sueño?, me pregunté.

La respuesta me la dió él.

—No, amigo mío... Me conoce, ¿verdad?

No me animé a responderle que no.

Él continuaba:

—Aquí no hay magia, ni ilusionismo, ni arte de birlibirloque... Yo estoy representando una lección de la vida, apareciendo ante sus ojos en mi real estatura.

Mis conciudadanos, habituados a mirarme con vidrios de aumento, me dan una talla de grande hombre y, ayudados por mi *camouflage*, me admiran, me exaltan y me respetan...

No le extrañe; hasta yo me había engañado en la farsa y empezaba a considerarme una destacada figura nacional.

Los ditirambos de los interesados, los elogios de los colegas, las alabanzas de la prensa, me envolvían en una niebla azul, color de gloria...

Mis frases, mis discursos, mis "ideas", desbrozaban el camino de mi ascensión indetenible.

Y si no fuera porque un minuto me asaltó una duda, hubiera continuado hacia mis altos destinos ignorando, quizá, que el tiempo agujerearía el globo inflado de mi nombre.

Una enfermedad me clavó en el lecho y el diálogo sintético de dos criados, me dió la clave de la verdad.

—¿Y si se muere?

—Bah!...

Yo me sonreí.

—No saben éstos de la "Colección de discursos de don N N", ignoran las oraciones fúnebres, las biografías pomposas que me dedicarán, no piensan en una comisioncita para mi monumento...

Luego los dilatados momentos del lecho, me volvieron el diálogo, reflexioné:

—Bah!... Bah!... Bah!...

* * *

—Cuando salí a la calle noté, espantado, que no hacía sombra! ¿Sabe usted lo que es no hacer sombra?

La vocecilla era tan patética que me lo imaginé.

Él proseguía:

—Reaccioné. Me erguí. ¡Adelante!

Pero, empecé a notar que crecían los árboles, crecían las casas, crecían los tranvías!

Era la ilusión de los ebrios, que creen que las cosas se mueven...

Por allí venía un amigo mío, chiquito, chiquito, chiquito... como yo!...

Marché imperturbable hacia la Cámara.

Fué una sesión extraordinaria. Sobre las rojas poltronas profundas se perdían unos hombrecitos de juguete. El presidente, escondido atrás de la campana de alarma, voceaba cosas ininteligibles y los gigantescos porteros, que no nos veían, nos desalojaron con el plumero en su misión higiénica.

* * *

Yo no quise dejarme vencer y organicé una serie de expedientes reclamísticos que me devolverían la espec-tabilidad.

Los artículos de los diarios se encogían hasta lo imperceptible.

La claqué se aburría en las conferencias donde no me veía llegar.

Los afiches volvíanse invisibles labores de miniaturistas.

Y, querido señor, estaba por optar por la desesperada decisión de regalarles microscopios a mis amigos y electores!...

* * *

Me había dejado ganar por una ilimitada compasión. Valoraba el dolor del gran pequeño hombre, que se dolía:

—¡Soy casi una mota de polvo!

Estuve tentado de recurrir a los latines, que son tan confortadores:

—Pulvis, pulveris...

—¡Mi puesto en la historia cabrá holgado en el radio de la punta de un alfiler!

Y me suplicó:

—Señor mío, usted puede hacer algo por mí.

—¿Bromea?

—¡Yo no quiero morir! ¡Usted es un escritor, un literato, hasta lo pueden nombrar académico!

—¡Mi obra deleznable!

—¡Oh, no! ¡Sueñe, cree, espere! Es mi último refugio: Vístame de tirano, disfráceme de Arlequín, piense que Alves Pacheco es inmortal por Eça de Queiroz!

La serpiente tentadora me alcanzaba la manzana.

Nervioso, pluma en mano, le grité:

—¿Su nombre?

Temblando, lo observaba a través de la lupa... Lo sentí vocear desesperado...

—Soy... y no pude entender si dijo, senador, ministro, diputado, consejero...

No! tampoco comprendí el nombre.

Lo alcé, — tenía la estatura de una pulga joven, — sobre un montón de libros.

Lo interrogué, frenético, imperioso.

Acerqué el oído.

—Grite! grite! grite!!!

¡Nada!

Lo busqué, lo busqué, lo busqué... con la pasión exacerbada y loca de quien busca la Gloria.

Sin éxito.

No lo pude encontrar.

* * *

¿Ustedes me aconsejan que ponga un aviso en la "Sección objetos extraviados" de un diario?

¿Valdrá la pena?...

Ya he hecho práctica en dos cruces bravos: 18 y Constituyente, y en ésta, Jackson y Canelones. Salvé la vieja, que saqué de entre las ruedas del carro, y he dado otras pruebas macanudas.

Después, tengo estilo. El cuerpo firme, recto, los hombros armados y, siguiendo el leve gesto del rostro, el alzar los brazos indicadores, con precisión total y neta. Lo he estudiado bien delante del espejo.

Y luego, ¿qué me dice del girar rotativo, apenas perceptible, a derecha e izquierda, por turnos, para dar siempre el frente a los cuatro puntos cardinales?

No en balde me he ganado las jinetas de sargento.

Eurípides Pérez de la Sota, Sargento Primero de la Brigada Tráfico.

Un servidor.

Van a ver, ahora.

Entro de servicio a las ocho.

Cuando la ciudad se despierta, se desliza un tranvía desde allá arriba como una gota de agua sobre un encerado; trae la campana aun envuelta en un rebozo de

sueño. Lo siguen las jardineras de los repartidores de pan, los lecheros y esos camiones monstruos achatados bajo los materiales para las obras. Después aparecen los Fords, arremangados, como obreros que vinieran a medio vestirse, y coches más burgueses: un Daimler, un Dodge, arrastran a los patronos a la labor.

La ciudad es un organismo que despierta.

Montevideo, como un niño grande que se divierte, nos empieza a tirar con vehículos que nosotros paramos con la varita blanca y repartimos, con señales y pitadas, entre las cuatro gargantas de las calles que, cuando se atragantan, tosen con bocinazos y campanadas de tranvías.

A las ocho la cosa corre lindo.

A las nueve demuestro mi estilo:

A las diez me río de la descarga de autos nuevos con que me hacen fuego de las cuatro bocacalles.

A las once se intensifica la danza y mi ojo clínico descubre a las mujeres por la suavidad tibia que tiembla bajo las telas de colores, como identifica los autos, los ómnibus, los camiones, por las trepidaciones del motor, al tranvía por el chirriar de su ferretería.

Ya me obligan a hacer detenciones más largas para desagotar Andes, que me atropella con sus cargas de Aguada y medio Barrio Muñoz, y de la Plaza Independencia, bocanadas del Cordón, del Bulevar y de la

Unión, me empujan cual si quisieran llevarme por delante con ellas.

Por 18 abajo ruedan, locos de hambre, los trenes y los autobuses que se van a hartar a Plaza Zabala y Puerto, y algún taxi y los autos particulares, — ¿por qué dejan todo siempre para última hora?, — me talarán los oídos con sus reclamos de urgencia.

Estoy cual sobre un eje en el asfalto.

Soy un faro abanicando miradas y con el imán de la punta de la varita arrastro y reparto tajadas de tráfico al Norte, al Sur, al Este y al Oeste.

Como aquellas ruedas de colores del cinematógrafo en pañales, gira una veleta policroma a mi alrededor: coches, camiones, trenes, autobuses: verdes, grises, amarillos, azules, rojos, cremas. A momentos se confunden los siete colores primarios, en el blanco del espectro solar.

De vez en vez la Asistencia Pública llega al corazón de los vehículos con el reclamo de su campana triste y suplicante: cae un barril de aceite en la encrespada tormenta ciudadana... Pero ya le corren atrás aullando y por poco le pisan la cola al auto de la Cruz Verde.

Lo malo son los contraventores, las bicicletas intrusas, la exhalación de las motos, los bisoños con sus choques que hacen perder tiempo...

Sacar la libreta, tomar nombres, señas, datos... el parte...

Y este sol, que nos mete una aguja en el medio del cráneo, por la punta del casco, y dale a horadar cual si quiera fijarnos, — a través del cuerpo, — en el pavimento.

Y los pies, que se nos hinchan y nos avisan que no van a poder salir de los botines.

* * *

—Pito. Libre 18! Suben: 3 tranvías, 6 autobuses: Pocitos, 2; Unión, 2; Hipódromo, 1. Y ese? y ese? Línea nueva, el "Franco-Uruguaya" a Punta Carreta? 8 autos: 6 Fords; 1 Studebaker, lindo coche... A ese Packard lo conozco... Trenes: 55, 51, 35... Autobuses: Aduana, Aduana, Aduana...

Pito: pare Andes: cruce gente: uno, dos, siete... nueve... Pucha con ese viejo! Usté será pajuerano? Corra que abro la puerta al 12, al 17, al 18...

Libre Andes de afuera y de centro.

Siga 18 abajo y arriba.

Marche!

Va macánudo.

Parece todo enacitado.

Pero deben ser las doce y no viene el relevo.

Se me acalambran las piernas. Me hormigean los

pies dormidos. Tengo desgonzados los brazos...

Pito: 18... Andes... Siga... Pare... Gente...

Continúa el chorro: 54 Camino Maldonado... Larrañaga... Avenida Italia... Autobus Pocitos... Otro Unión 2, 3, 4... Autos: 12-48... 20-98... 78-56... Un Buick O? Florida. Un Fiat... Un Reo... Citroen, modelo 1928... A qué se viene ese canario con el charret! Cuidado, bárbaro!!!

—Pito... Público: march!...

—Ese relevo que no viene!

—¡Ese relevooo!

Los árboles se mueven y quieren hacerme la competencia moviendo las ramas. Las casas intentan venir a darme una broma. No les hago caso. Eso es un mitin de árboles. Si vendrán a pedir que no los podén! Los detengo?

La Libertad se apea de su columna de la Plaza Cagancha y descende por 18, con la cadena rota y la bandera arrollada; la acompañan la Victoria de Zorri-lla y el Gaucho... Ese foragido se viene con la lanza en ristre!

Y no los imita el general Artigas? Un hombre tan serio!!

El público me hace mojigangas y cortes de manga.
¡Está todo el mundo loco!

Los ómnibus crecen... Tienen tres pisos, cuatro pisos... Los Fords se achican, se vuelven insectos, arañitas negras y se me escapan por entre las piernas...

Respeten! Respeten!

Pito.

Nada.

Digan: se quieren reír de mí?

Oficial! Oficial! Es un desacato!

Procedo: le pego un palo en la cabeza a ese "Bon Amí"; le rompo el alma a ese "Bella Noemi"; le meto un tiro en un ojo al tranvía!

—Renault, está detenido; usted también, Ansaldo; oiga, obedezca!

No ve? no ve? el Palacio Salvo se me ríe con las 400 bocas de sus ventanas. Ahora se agacha a decirme un chiste alemán: Ganado en pie...

Es la vista cansada?... El sol... No, es un gato que ha caído en una canasta de lanas de colores...

Está enredado el tráfico.

Se ha interrumpido la comunicación.

—¡Qué calor! Oficial...

Oficial, debe ser sueño lo que tenemos...

Y Eurípides Pérez de la Sota, Sargento Primero de la Brigada Tráfico, dejó caer las aspas del molino de

sus brazos y se plegó sobre sí como un acordeón, igual a un helado que se derrite...

Un teléfono llevó el chisme a la Asistencia.

Un auto de auxilio gritó que venía.

Alguien reclamaba un mecánico porque se le había roto la cuerda al tráfico.

Autos, ómnibus, tranvías, camiones, motocicletas, agudizaban sus pupilas, estiraban los cuellos, paraban las orejas y con los klaxones, campanas y bocinas preguntaban:

—Qué hay? Qué hay?

Cuando los practicantes arremangados, con la tacita blanca de sus cascos y los delantales nítidos le dieron la primera inyección al sargento, éste volvió en sí y aprobó:

—Era necesario esto. Se precisaba la Asistencia.

Se puso de pie.

Es el barril de aceite en el mar agitado.

Hizo la venia dando las gracias.

Y abrió los cuatro espiches de las calles congestionadas.

—Siga el baile!

Tráfico.

18 & Andes.

ÍNDICE

Carta a S. E.	5
20 Blasco Ibáñez	13
La obra	23
Aventura con siete mujeres y un general.	41
Montevideo	49
¡Viva la libertad!	65
El botín	75
Mi amante Julián Coronel.	85
Tango contra charleston	91
Le physique du rol o El poeta centroamericano	97
El flúido K.	107
Balzareta, forward derecho	113
La mascota de la Honorable Cámara de Diputados.	121
El lunar en la rabadilla.	135
Se necesita un negrero	143
Panchito Cortabarría	149
Labores de su sexo.	155
Más allá del feminismo.	163
Mediocritas	179
18 & Andes	185